

## PRIMERA EPOCA.

### LA ANTIGÜEDAD CRISTIANA.

#### PRIMER PERÍODO.

Desde la fundación de la Iglesia hasta el Edicto de Constantino, en 313.

#### INTRODUCCION.

En el primer período de la historia eclesiástica, tiene lugar la fundación de la Iglesia, su desenvolvimiento y propagación dentro y fuera de los límites del vasto imperio romano. Sin apoyo alguno del poder secular, antes bien hostigada y perseguida con raro encarnizamiento, la Iglesia extiende profundamente sus raíces. En medio de un mundo hostil, triunfa con sus mártires y confesores; amenazada por herejías y divisiones innumerables, conserva su unidad; al lado de la corrupción moral y los vicios de sus contemporáneos, guarda su santidad y desarrolla su doctrina; utiliza, purificándolos, todos los buenos elementos de la antigüedad, y prepara en diversas direcciones los caminos de la ciencia teológica. Sabe y afirma que es la sucesora de la Sinagoga, pero desvanece poco á poco las sombras y figuras del primer Testamento, y, rompiendo las barreras individuales y nacionales, manifiesta su universalidad así en el orden del pensamiento como de la vida de pequeños principios, ella saca y desarrolla á su culto y hace tributarias suyas á las artes; levanta y ennoblece las clases despreciadas de la sociedad, y por último, contiene á los fieles en el deber con la santidad de su disciplina y mezclando felizmente la dulzura con la severidad.

En esta edad floreciente de los primeros cristianos, en quienes son todavía tan frecuentes los dones de la gracia, rara vez aparecen los jefes con la plenitud de su autoridad. Sin embargo, los rasgos característicos de la constitución de la Iglesia, existen desde el principio, y se desenvuelven más y más; en cuanto la necesidad lo exige, las magistraturas instituidas por Jesucristo y sus Apóstoles hacen valer sus derechos. Este período de la Iglesia naciente, esta edad de los mártires, ofrece

pues, á pesar de lo raro de los documentos, una imagen sublime y consoladora. La Iglesia atestigüa con sus obras, que es de institución puramente divina, y bastante fuerte para levantar al mundo decaído, para cautivar la admiración de todos los corazones generosos; y que se halla tranquilamente asentada sobre la sólida base en que Dios la ha colocado, pero aspirando siempre á desenvolverse así interior como exteriormente. «En toda producción orgánica, en la historia de toda existencia humana, comprendiéndose la del Hombre-Dios, lo nuevo viene siempre de dentro. En lo interior, en el grano de semilla se halla oculto el gérmen, del que brota la nueva planta, mientras que las hojas que protegen la semilla, caen y se dispersan. El hijo crece en el seno maternal, protegido por su oscuridad, hasta el momento en que, convertido en hombre, viene al mundo<sup>1</sup>.»

#### ADICION.

##### *Mision del Salvador del mundo.*

Para entender acertadamente cuál fué la mision del Divino Salvador, es preciso ante todo formar justa idea de lo que se entiende por Redencion. Si la redencion del género humano no es otra cosa que una restauracion del estado del primer hombre ántes de su caída, un restablecimiento de la union entre Dios y el hombre, con la plenitud de bienes que de él resultan, la cuestion presente debe resolverse así: el Salvador tenía por mision cumplir con toda la perfeccion posible esta restauracion de la humanidad.

En cuanto á esta otra cuestion: ¿cómo y en qué calidad lo podía hacer? no puede resolverse con opiniones, hipótesis ó argumentos humanos; ella exige el exámen atento de las enseñanzas que la Revelacion nos suministra sobre el Redentor.

El Mesías debía ser, en su persona y en sus obras, tal como fué descrito por los Profetas. El objeto de toda empresa es el que determina el fin y el principio de la accion. Ahora bien, el Salvador es al mismo tiempo objeto y principio de todas las profecías que le conciernen, y es tan exacto decir: el Salvador debía corresponder á todas las Revelaciones que se refieren á Él y cumplirlas, como decir: las profecías relativas al Salvador, debian contener en el curso de los tiempos, sobre la naturaleza del Salvador, las mismas notas que el Salvador estaba llamado, desde *ab aeterno*, á realizar en su cualidad de Mesías. No era solamente la Redencion lo que estaba decidido desde la eternidad, sino tambien la manera con que debía cumplirse. Cuando los profetas anunciaban ciertas particularidades del Mesías, no lo hacían sino porque habian recibido del cielo revelaciones sobre las obras, resultas desde la eternidad, que debian cumplirse en la plenitud de los tiempos. Ahora bien, el Mesías ha aparecido ya sobre la tierra, y tenemos la historia de su vida: es, pues, fácil mostrar que ha realizado con su vida la Redencion de la humanidad, que era apto por su naturaleza y sus obras,

1. LÜCHLER, *Los tiempos apostólicos*, 1851, p. 107 (en alem.).

para restablecer entre Dios y el hombre la unión rota por el pecado de Adán. Si dirigimos una mirada al resultado definitivo de las profecías mesiánicas, fijándonos en las dos series de revelaciones que siguen opuesta marcha, la cuestión de saber lo que constituía la naturaleza esencial del Redentor, se resuelve en esta respuesta decisiva: El Redentor era á la vez Dios y hombre, reunía necesariamente en su persona las dos naturalezas divina y humana.

Debió ser de naturaleza divina, es decir, verdadero Dios, porque la humanidad encorvada bajo la tiranía del pecado, era incapaz de rescatarse á sí misma; y el hombre más justo no hubiese podido alcanzar aquel mérito infinito que supera á los ojos de Dios la falta de la humanidad, cuya extensión es tal, que puede aplicarse á todos los hombres. Los mismos paganos reconocían la necesidad de una satisfacción ofrecida en beneficio del hombre por un Sér divino; de aquí la multitud de sacrificios con que intentaban apaciguar á la Divinidad. El Redentor, por lo mismo que es verdadero Dios, era el único que podía dar cumplimiento á todos los pasajes de los Profetas relativos á un Redentor de naturaleza divina.

Pero debía de ser también hombre para poder expiar en un cuerpo humano la falta de que se había hecho culpable la humanidad, para poder sufrir y morir, y satisfacer así plenamente la pena del pecado; para ser verdadero y completo representante de la humanidad, y cumplir todas las profecías que hablaban de Él, como de un hijo del hombre.

Estas dos naturalezas no forman dos personas, sino están reunidas, sin confusión ni mezcla, en una persona única. Así, la divinidad y la humanidad, esas dos naturalezas, y todas las operaciones divinas y humanas deben atribuirse á la persona. Este es, pues, el concepto que tenemos del Hombre-Dios.

Esto basta ámpliamente para llenar todas las condiciones que se pueden exigir del Mesías como Redentor de la humanidad.

Consideremos, en efecto, el estado dichoso en que el hombre se hallaba ántes de la caída, cuando estaba en cierto modo abismado en el piélago de la bondad divina y colmado de sobrenaturales dones; veremos que si este estado no hubiese desaparecido por causa del pecado, la perfección del hombre habría llegado á su más alto grado. Ahora bien, el pecado de Adán no solamente detuvo este progreso, sino que produjo la corrupción contraria á él. Era preciso, pues, para que la Redención pudiese al hombre en posesión de todos los bienes que había perdido, restablecer este dichoso estado, y continuar el progreso de la perfección del hombre, impedida por la culpa. Esto fué hecho por Jesucristo, Dios y hombre. No solamente volvió de nuevo la humanidad á su condición primitiva, sino que subió á altura incomparablemente mayor. El primer hombre no había sido constituido en este sublime estado, sino por la gracia divina; en Jesucristo, Dios y hombre, la divinidad bajó á la humanidad, y se unió esencialmente á ella. El primer Adán no era hijo de Dios sino por la gracia; el segundo lo es por naturaleza.

Jesucristo, Dios y hombre, ha cumplido pues el fin que debía ser el fruto de la Redención.

Es evidente, en este sentido, que Jesucristo suprimió todas las consecuencias funestas que había producido la desobediencia de Adán. Así:

1.º El hombre era objeto de la cólera divina y había merecido castigos eternos: el Dios-Hombre es por su naturaleza misma objeto de la complacencia divina, el Hijo muy amado de Dios, el Hijo del Altísimo, á quien pertenecen la gloria y felicidad celestial.

2.º El hombre había perdido las gracias sobrenaturales, la semejanza divina: el Hijo de Dios no solamente está adornado de las gracias sobrenaturales, que había perdido Adán, y es semejante á su Padre celestial, sino que posee todas las perfecciones divinas, y como Hijo de Dios, es consustancial al Padre.

3.º Cargado con la cólera celestial y despojado de la gracia, el hombre ni siquiera había conservado la integridad de sus dones naturales; estos dones se habían debilitado, su razón se había oscurecido, su voluntad no tenía la misma fuerza para el bien natural, y había llegado á ser incapaz del bien sobrenatural: por su naturaleza humana, el segundo Adán, no habiendo venido al mundo por la vía ordinaria de la generación, y no habiendo participado de la culpa y sus consecuencias, ofrece el verdadero ideal de la humanidad, y está en posesión de todos los dones espirituales y corporales.

4.º Destruída la armonía entre el alma y el cuerpo, las relaciones del hombre con la tierra se habían hecho completamente diversas; la tierra cargada de maldiciones, no estaba ya al servicio del hombre, sino que lo era hostil. El segundo Adán restablece la armonía entre el alma y el cuerpo, y no solamente doma la naturaleza en sí misma, sino que es la fuente de las bendiciones que han de descender sobre ella para renovarla.

5.º Por el pecado, en fin, el hombre había contraído cierto parentesco con el demonio; estaba más expuesto á sus tentaciones y asechanzas; el nuevo Adán, como hijo de Dios, no solamente es inaccesible á las maquinaciones de Satanás, sino que es su Señor y el destructor de su reino en este mundo.

El Hijo de Dios aparece, pues, juntamente como base de la Redención, y como el fin, el ideal de la humanidad libertada. Mas así como el primer Adán, en el infeliz estado á que le arrastró la culpa, no fué sólo para sí, sino para toda la raza humana, fuente de males y maldiciones; el segundo había de trasmitir á todos los hijos de aquél las diversas perfecciones que le hemos reconocido, y no podía hacerlo, sino en su cualidad de Dios-Hombre.

Los hijos de Adán, poniéndose en relación con el Dios-Hombre, participan de su naturaleza divina, y por su regeneración, que es el objeto de la Redención, entran en sociedad más estrecha con Jesucristo. Así, el estado de la humanidad que Jesucristo viene á renovar, es más perfecto que el del hombre primitivo.

Si ahora consideramos la obra del Redentor en su conjunto, hallaremos en ella todos los caracteres de una expiación de la falta de la humanidad; pero estos caracteres no los puede ella tener sino siendo el Redentor á la vez Dios y hombre.

El primer hombre había aspirado á hacerse semejante á Dios, y sus descendientes han imitado este ejemplo; la apoteosis del hombre había llegado á su mayor altura en el Paganismo; el principal obstáculo que se opuso á la preparación de los judíos para la Redención, y les condujo á rechazar definitivamente al Mesías prometido por los Profetas, fué el egoísmo. No se debe, pues, á una coincidencia fortuita el que el Hijo de Dios abandonase, en la época en que el egoísmo y la apoteosis llegaban á sus últimos límites, la morada de su gloria, descendiendo á la tierra, y quisiese nacer, no en un palacio, sino en un establo.

No se detiene aquí: con el fin de mostrar que el exceso de la miseria humana no le espanta, arrostra las mayores persecuciones y sufre la muerte infame de los criminales. La Encarnación y la Muerte ignominiosa del Hijo de Dios sirven, pues, de contrapeso á la apoteosis del hombre, ó más bien la sobrepujan infinitamente.

tamente, porque esta apoteosis sólo ha existido en la voluntad, mientras que la Muerte del Hijo del Hombre es un hecho real. De donde resulta, que la imitación de esta Muerte por la humildad sea virtud tan esencialmente cristiana, que no ha sido practicada ni por judíos ni por paganos: la humildad, lejos de ser presentida como virtud, era objeto de mofa, y considerada como locura ó debilidad.

Al gustar del fruto prohibido, Adán había dado á sus hijos funesto ejemplo, y el amor á los placeres adquirió proporciones espantosas; el hombre, perdiendo la dignidad que le elevaba sobre toda la creación, cayó en los más deplorables errores, lo mismo entre los judíos, que entre los paganos.

No es, pues, una coincidencia fortuita, que en el momento mismo en que la humanidad había descendido al grado más bajo de corrupción, el Hijo de Dios hiciese brillar la naturaleza humana con todo el resplandor de su santidad y pureza, y que mostrase á sus discípulos en el Tabor la naturaleza y el cuerpo humano en su más radiante transfiguración.

Estas dos cosas, ó sean la humillación del Hijo de Dios hasta la crucifixión del Hijo del Hombre, y la transfiguración del Hijo del Hombre sobre el Tabor, no podían realizarse si el Redentor no era á la vez Dios y Hombre.

Del deseo había pasado el hombre á la acción, y en vez de someterse, se había rebelado. Esta rebelión fué imitada por los paganos y los judíos: los paganos desdénaron la ley de Dios, grabada en sus corazones, mientras que los judíos, que eran educados en la sumisión á la voluntad divina, sacudieron más de una vez el yugo de la ley, y concluyeron por interpretarla en sentido completamente opuesto. No fué, pues, coincidencia fortuita el que cuando el paganismo se sumergía en todos los vicios, y la mayoría de los judíos se apartaba de la ley divina, apareciese el Hijo de Dios sobre la tierra, á fin de mostrar que la voluntad de Dios era su ley única y el alimento de que vivía. En vez de mandar y exigir obediencia, se hace esclavar voluntario, obedece en lugar del hombre para mostrar que ha venido á oponer su obediencia voluntaria á la desobediencia del hombre.

La Muerte expiatoria del Redentor llega al punto culminante en el suplicio de la Cruz: dando su vida, acepta voluntariamente la pena impuesta al pecado. Ahora bien, esta Muerte expiatoria no tiene todo su precio, sino porque el Redentor es á la vez Dios y hombre. La Muerte del Salvador, en cuanto es Persona Divina, tiene valor infinito; y en cuanto es hombre y representante de la humanidad, aparece como obra humana.

Sin embargo, la redención del hombre no termina por la falta cometida. No basta borrar el pecado y su deuda; es preciso además proveer á los medios de desenvolver la vida de los hombres rescatados, y conducirla al más alto punto de perfección. El Salvador lo ha hecho como Profeta, como Sumo Sacerdote y como Rey, al mismo tiempo que cumplía las profecías de la Antigua Alianza.

Profeta, debía aparecer como Doctor de la humanidad. El paganismo y el judaísmo, en lo que se refiere al conocimiento, habían caído en los mayores extravíos. Si el paganismo no había perdido todas las centellas de luz, el judaísmo, á pesar de las diversas enseñanzas que había recibido, se había formado de Dios y de sus relaciones con Israel, ideas completamente contrarias á las verdades fundamentales de la Revelación. Jesucristo debía, pues, elevar las almas, disipar las tinieblas, completar lo imperfecto, y mostrar que era el consumidor de todas las revelaciones divinas, la verdad absoluta para todos los hombres y tiempos.

Su doctrina tenía que satisfacer las necesidades de la inteligencia. El espíritu humano, en virtud de su divino origen, experimenta el invencible anhelo de conocer y penetrar las cosas divinas, y el paganismo atestigua que no pueden destruir ese anhelo ni aun los más grandes artificios.

La verdad proclamada por Jesucristo debía llegar á ser la herencia de todos los hombres, no tan sólo de algunas clases privilegiadas. Debía, sobre todo, venir en auxilio de los oprimidos, de los pobres y despreciados. Apareciendo como la buena nueva de los débiles é ignorantes, el Evangelio introducía en la vida histórica una gran novedad.

La doctrina de Jesucristo debía ser profética, revelar el porvenir, no para satisfacer la curiosidad, sino limitándose á lo que era necesario para consumir la Revelación. El Profeta anunciado no podría permanecer pospuesto á los de la antigua ley. No solamente revela algunos destinos parciales de su futuro reino, sino que delineaba grandes rasgos del desenlace final. Anunciando su Pasión, su Muerte, la suerte de sus Apóstoles, la ruina de Jerusalén y el fin del mundo, destruye la falsa opinión de los judíos de que sólo se trata de fundar el reino judaico universal, y hace resaltar el carácter divino de su reino, profetizando su Resurrección, la venida del Espíritu Santo, la resurrección de los muertos, su aparición en las nubes, su advenimiento en el último día, y la fundación de la morada celestial para los justos.

Jesucristo no es un profeta que sirva de agente á una revelación ajena; es más bien la verdad personal; Él posee toda verdad por vision y conocimiento propio. Como lee en los corazones, así conoce los tiempos y los medios de hacer penetrar en ellos la verdad. Y pues su Revelación era la más perfecta, había de emplear los mejores medios para anunciarla: de aquí los milagros que atestiguan su carácter divino. No le bastaba alegar la conformidad de su doctrina con la del Antiguo Testamento, pues los fariseos, los doctores de la ley lo hacían también; no era bastante decir que predicaba verdades divinas desconocidas á los hombres, porque es preciso que éstas sean confirmadas por el testimonio de Dios; no podía invocar la experiencia, porque los hombres, antes de intentar la vida nueva, quieren tener seguridad de que es divina; necesitaba, pues, confirmar su doctrina con milagros, como los antiguos profetas habían confirmado su misión divina. El pueblo judío estaba acostumbrado á ver la Revelación acompañada de hechos divinos.

Del mismo modo, donde quiera se presenta el Salvador como Doctor, los hechos divinos resplandecen en torno de su palabra, y resplandecen tanto más, cuanto que su enseñanza es por sí misma más convincente; pero no usa de ellos sino cuando halla terreno propicio; jamás hace milagros cuando ve de antemano corazones endurecidos. No se puede decir, pues, que ha hecho milagros únicamente por convertir á los incrédulos, sino que los ha hecho para los fieles, á fin de confirmarlos y recompensar su buena voluntad.

De esta suerte, los milagros que acompañaban á la palabra de Jesús cumplían un doble objeto: atestiguan su Divinidad, y demostraban que su Persona era agradable á Dios.

Y sin embargo, la dignidad del Mesías no hubiese estado aún al abrigo de todo ataque si otros caracteres no atestiguaran invenciblemente que no era un profeta cualquiera, sino el Profeta mismo, y el centro de todas las profecías. No solamente profetizaba Jesucristo, sino que había sido anunciado por los antiguos profetas, y fué proclamado por el último de ellos como la salud prometida y que

había parecido ya en el universo. Las predicciones de los antiguos profetas han sido cumplidas por Jesucristo en el curso sucesivo de su vida, según lo refieren los Evangelistas. Pero era preciso igualmente que fuese anunciado por el postrero de ellos como el profeta ya venido, puesto que la misión del precursor de Jesús estaba prevista en las antiguas profecías. San Juan Bautista se anuncia, pues, como el que viene á realizar el texto profético de Isaías, xi, 3, y lo hace en presencia de los enviados del gran Consejo: « Yo soy la voz que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor. » Ahora bien, las obras de Juan eran de tal naturaleza, que se le conocía generalmente como profeta; el gran Consejo, los fariseos mismos no osaban rehusarle esta dignidad. Quien da testimonio de Jesucristo y proclama públicamente su filiación divina, es, pues, un profeta generalmente reconocido como tal.

Otro punto que confirma la dignidad mesiánica de Jesucristo, es haber sido anunciado, no solamente por los profetas, sino por el cielo mismo que da testimonio de Él. Así la serie de las profecías se termina por manifestaciones divinas inmediatas; los ángeles aparecen á los pastores; escúchase una voz del cielo durante su Bautismo, y en su Transfiguración sobre el Tabor, maravillosa estrella brilla en su Nacimiento; á su Muerte el sol se oscurece, tiembla la tierra.

Viene, en fin, el mismo testimonio de Jesucristo, porque sería incomprensible que Jesús, llenando todas las condiciones de Mesías, no hubiese sabido que Él era el Mesías prometido. Él lo dió á conocer así desde su infancia, y la primera vez que aparece en el templo de Jerusalem, su misión le impulsa á permanecer allí.

En su ministerio público, todos sus actos y palabras se conforman con su misión. Declara en diversas ocasiones que Él es el Mesías <sup>1</sup>, y lo confirma ante el gran Consejo, ante el Sumo Sacerdote, bajo la forma de juramento <sup>2</sup>, y ante el gobernador romano <sup>3</sup>.

Pero la misión profética de Jesús no se explica sino en cuanto ha de cumplir realmente la obra de la Redención. En efecto, si comparamos la sublimidad de su doctrina con la razón del hombre, debilitada por la culpa de Adán, hallaremos que hay desproporción visible entre esta doctrina y los que están destinados á recibirla. Ella es la expresión de la voluntad divina, y se dirige á la voluntad del hombre, tan debilitada para el bien. Para que esta desproporción desaparezca, es preciso que la razón y la voluntad humana reciban fuerzas nuevas; necesítase de una nueva alianza, y por consecuencia, de una reconciliación con Dios. Así la enseñanza de Jesucristo reclama su obra, y esta obra se halla comprendida en su sacerdocio.

La base del sacerdocio de Jesucristo es su aniquilamiento voluntario hasta la muerte de Cruz.

Al ofrecer este sacrificio, el Hombre Dios llega á ser el verdadero, el eterno Pontífice. Reconciliando al mundo con Dios por medio de este sacrificio, Jesucristo transforma todo el orden de cosas establecido por el pecado, y suprime la enemistad entre el cielo y la tierra.

Sin embargo, la Redención no está acabada; todavía no hay más que la posibilidad de aplicarla á todos. Para que sea completa es preciso que el individuo se transforme radicalmente, que nazca nuevamente, como dice la Escritura.

1 Joan. iv, 26; Matth., xi, 27, 28; xii, 8 y sig.

2 Matth., xxvi, 64.

3 Joan., xvii, 37.

Era preciso infundir en el alma humana una fuerza que reanimase á la razón y voluntad debilitadas. El Salvador proveyó á esto, uniendo el bautismo de fuego del Espíritu Santo al visible del agua, y haciendo de este bautismo cristiano el medio de comunicar la gracia á los individuos. Este bautismo santifica y justifica al hombre, y restablece la imagen de Dios en la justicia y la santidad. Se renuevan las relaciones del hombre con Dios; conviértese el hombre en una criatura nueva, y el Espíritu Santo habita en él, no solamente para renovar las fuerzas de su razón y su voluntad, sino para derramar allí los dones de su gracia. Comienza, pues, la Redención en los individuos, pero esta Redención deberá irse después desenvolviendo, porque el primer estado de los regenerados es semejante al de la infancia: es preciso que nos engrandezcamos hasta llegar á la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, á la medida de la edad completa de Jesucristo. Instituyendo este bautismo de fuego, Jesucristo ha confirmado en su sacerdocio la eficacia de la Redención, y cumplido todas las profecías.

Pero como el nuevo nacimiento exige un crecimiento espiritual, el concurso del hombre es indispensable; el hombre no puede ser rescatado contra su voluntad; es preciso que lo quiera y lo desee. El medio que el hombre tiene á su alcance para concurrir á la Redención de Jesucristo, es la fe, condición necesaria para gozar de la unión con Dios, procurada por la Redención. Jesucristo lo exige, y hace depender de ella la salud que nos ha traído.

Los judíos preguntaban á Jesús lo que debían hacer para participar de su aliento celestial; creían, sin duda, necesario cumplir gran número de prescripciones legales: « La obra de Dios (la obra agradable á Dios), responde el Salvador, consiste en creer en Aquel á quien Él ha enviado <sup>2</sup>. » Ahora bien, esto era justamente lo que los judíos carnales no podían hacer: porque es preciso que el hombre posea en sí algo divino, para que pueda apropiarse lo que hay de divino en Jesucristo; por esto cabalmente añade Jesucristo: « Nadie puede venir á mí si el Padre que me ha enviado no lo atrae <sup>3</sup>. » Pero esta atracción, primero de Dios Padre, y luego del Hijo, después que ha sido levantado en la Cruz, no es irresistible; supone en el hombre la docilidad. Es la atracción de un ser sobre otro; es, por el lado de la fuerza divina que se comunica al hombre, una inclinación de unirse á la ciencia y plenitud de la vida.

La primera forma de la fe, por parte del hombre, consiste en escuchar. Pero la fe no puede quedar en esto. La doctrina de Jesucristo es esencialmente luz, y las tinieblas que hay en el hombre creyente son incompatibles con esta luz. No sólo debe el hombre oír esta palabra sino también juntar á esto la obediencia, y esforzarse en conformar su vida con la voluntad de Jesucristo. Cuanto más se ejerce en la obediencia y se aparta de las tinieblas, más semejante se hace la luz de su alma á la luz primitiva. Hay penetración recíproca entre el espíritu divino y el humano, y así reaparece el estado anterior á la caída, con la diferencia de que la absorción del hombre en Dios es ahora voluntaria.

Oyendo, pues, dócilmente, comienza la verdadera vida del hombre, la que Dios le reservaba y fué perturbada por Adán con su pecado; llega á su más alto grado en la vida oculta en Dios, donde el cristiano no peca ya; pero no será consumada sino en la eternidad.

1 Eph., iv, 13.

2 Joan., vi, 29.

3 Joan., vi, 14.

Esta gradación en la vida verdadera que se renueva en el hombre, no puede concebirse sin el concurso de Dios. El bautismo en el agua y en el Espíritu Santo está en armonía con la naturaleza del hombre, compuesto de cuerpo y alma, ó como dice San Juan, de carne y espíritu: el agua (símbolo del arrepentimiento, del cambio interior, del sacrificio), es el principio del renacimiento de la carne, y el Espíritu Santo el principio de la vida del alma.

Es preciso, pues, que la carne se despoje de sus malos hábitos en la penitencia, y que participe de una vida nueva. Pero el arrepentimiento, el cambio interior, la penitencia que acompañaban al bautismo de agua de San Juan, no pueden ser eficaces sin un principio que revele al hombre la corrupción de su carne y que la sostenga para transformarla por completo. Este principio es el Espíritu Santo, que regenera el alma del hombre, la pone en relación con su origen primitivo, y de la inunda con la plenitud del Espíritu de Dios. A este bautismo de agua y de fuego (Bautismo y Confirmación), se añade el Sacramento de la penitencia. El Señor, realizando lo que constituye el fondo de este Sacramento, ha confirmado de nuevo su carácter sacerdotal.

Pero el Salvador aparece, sobre todo, como el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, cambiando el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre.

La Eucaristía es el verdadero medio de perfeccionar la santidad en los individuos, esto es, de realizar plenamente en ellos la obra de la Redención.

El Dios-Hombre es la expresión de la verdadera humanidad, tal como Dios la había querido en su origen. Ahora bien, en la Eucaristía cada uno se convierte, por decirlo así, en otro Dios-Hombre. Cuando Jesucristo entra en nosotros con su divinidad, se establece entre Dios y el hombre una unión semejante á la que existe en Jesucristo, Dios y Hombre. Mas esta unión sacramental no tiene otro objeto que nuestra perfección moral. «Tomemos lo que se nos ofrece, dice San Cirilo, con la plena convicción de que es el cuerpo y sangre de Jesucristo... á fin de que forméis con Él un mismo cuerpo y una misma sangre.» «Por ella, dice San Pedro, nos hacemos partícipes de la naturaleza divina.»

El Señor ha dicho: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí y Yo en él 1; este es el pan que descendió del cielo, y que da la vida al mundo 2; quien come de este pan vivirá eternamente 3.»

Si añadimos á estas palabras lo que hemos dicho más arriba de los efectos del bautismo de fuego, podemos concluir, sin vacilación, que el hombre rescatado entra por esta unión con Jesucristo en posesión de la vida divina y sobrehumana, y que en su virtud queda inundado de luz y verdad celestial.

Pero la Eucaristía no es sólo un Sacramento, sino también un sacrificio, el mismo que se ofreció sobre el Gólgota; y Jesucristo, ofreciéndolo incesantemente en todos los tiempos y lugares, es el Pontífice Eterno de la Nueva Alianza; escogiendo por materia del sacrificio el pan, que es el producto de la tierra, y el vino, producto de la vid, Jesucristo ha suprimido todos los antiguos sacrificios que los hombres ofrecían con las primicias de sus frutos, y ha cumplido estas proféticas palabras: «Tú serás el sacerdote según el orden de Melquisedech,» el cual ofrecía también pan y vino.

El Gran Pontífice Jesucristo, regenerando á todos los hombres y constituyén-

1 Joan., vi, 37.

2 Joan., vi, 33.

3 Joan., vi, 52.

dose en Jefe de ellos, no podía dejar á los unos aislados de los otros, sino reunirlos en una sola familia, de la cual sería el Jefe; y como esta familia debía extenderse por toda la tierra, la dignidad sacerdotal y profética del Salvador se cambia en dignidad real, ó más bien ésta es el coronamiento de su obra de Redención.

Élla le pertenece en grado eminente, pues como Hombre ha salido de raza sacerdotal, y como Dios es el Hijo del Soberano Señor de cielos y tierra. Comienza el ejercicio de su cargo real al principio de la obra de la Redención, luego que reúne en derredor suyo á sus doce discípulos. El número de éstos indica que estaban destinados desde luego al pueblo de Israel, y que los Apóstoles debían ser el fundamento del nuevo reino de Jesucristo, como los doce patriarcas habían sido el núcleo del pueblo de Dios.

Destinados á servir de instrumentos para la obra de la Redención en toda la humanidad, los Apóstoles debían ser confirmados ante todo en la creencia de la dignidad mesiánica de Jesucristo; de aquí procede que el Salvador obrase la mayor parte de sus milagros en presencia de sus discípulos.

Se dedicó especialmente á librarlos de las falsas preocupaciones que compartían con sus contemporáneos relativamente al Mesías, y á despojarlos de sus flaquezas, la ambición y el orgullo. Recordábaseles, sobre todo, que si el Salvador había venido desde luego por los judíos, no permanecería entre ellos, sino que llamaría á sí á todos los hombres. Y con el fin de que después de su muerte hubiese un centro en su reino engrandecido, estableció á Pedro como Jefe visible de su Iglesia.

Así estaban echadas las bases del reino de la regeneración y de la santificación. Jesús terminó su obra con la promesa de un Consolador.

Se ve, por lo precedente, que el ministerio real de Jesucristo ha renovado el antiguo plan de educación del pueblo judío, con la diferencia de que el nuevo plan había de abrazar todos los pueblos de la tierra.

La antigua ley del Sinaí es reemplazada por la del Nuevo Testamento, fundada, no en el temor, sino en el amor. No se impone al exterior como una carga para la voluntad de los individuos; la gracia, ayudando á su cumplimiento, hace agradable y ligero su yugo. El nuevo sacerdocio ha reemplazado al antiguo, y Jesucristo, obrando incesantemente por medio de sus sacerdotes, prueba que ha consumado el antiguo sacerdocio.

El reino de Jesucristo no comprende solamente á los hombres, sino también á los espíritus creados, puros é impuros; era preciso que Jesucristo destruyese el imperio del demonio sobre la humanidad. Lo ha hecho triunfando de él en la tentación, y libertando á multitud de infelices atormentados por los espíritus malignos; ha cegado el abismo que separaba á Dios de la humanidad y que formaba la base del imperio de Satanás; ha destruido su poder, dando á los pecadores fuerza para resistirlo. Los buenos espíritus, al contrario, se muestran súbditos de su reino, tomando una parte activa en la obra de la Redención.

Jesucristo debía ser también el dueño de la naturaleza, ordenándola y libertando del mal á la naturaleza corrompida del hombre, y mostrando que el cuerpo inanimado podía volver milagrosamente á la vida.

Ya hemos hablado de la necesidad de los milagros: ¿cuál debía ser su carácter? No debían ser meros espectáculos, sino demostrar que Jesucristo era el Señor de la naturaleza, y que la ponía de nuevo al servicio del hombre. Cambia el agua en vino; manda á la tempestad y á las aguas del mar; multiplica mila-

grosamente pequeñas provisiones para satisfacer el hambre de cuatro ó cinco mil personas; libra al hombre de todas sus enfermedades; cura á los ciegos, sordos, mudos y enfermos de toda especie; resucita á los muertos, y El mismo sale del sepulcro con un cuerpo transfigurado.

Si la relacion primordial de la naturaleza inanimada con el hombre no ha sido restablecida, « si la naturaleza gime aún entre los dolores del nacimiento y espera la gloria de los hijos de Dios 1, » si todos los enfermos no han sido curados, si el hombre está sujeto aún á las enfermedades corporales, si la muerte física no ha desaparecido, Jesucristo, sin embargo, ha cumplido las obras que demuestran que tenía el poder de librar de sus males físicos á todos los que ha rescatado espiritualmente, de resucitar los muertos y comunicarles vida inmortal, así como de colocar nuevamente á la naturaleza en su relacion primordial con el hombre.

Todo lo precedente entra en las funciones reales de Jesucristo, que consuman la obra de la Redencion.

De este modo: 1.º El cristiano salido del baño del nuevo nacimiento ha sido reconciliado con Dios por la Muerte de Jesucristo, y convertido en hijo de Dios, objeto de sus complacencias. 2.º Recibiendo el Espíritu Santo, ha recobrado su semejanza divina en la justicia y en la santidad. El Espíritu Santo reposa en él con los dones de su gracia, que son la luz y la fuerza celestial. 3.º En virtud de esta nueva creacion, el hombre ha visto ennoblecidos los dones naturales del conocimiento y de la voluntad, se ha hecho capaz de conocer las nuevas verdades reveladas por Dios y de cumplir sus mandamientos. 4.º La armonía se restablece entre su alma y su cuerpo, porque el nuevo nacimiento del espíritu implica la perfecta regeneracion del cuerpo; en la resurreccion será nuevamente reunida con él, y el cuerpo formará la envoltura luminosa del alma.

La naturaleza misma ha sido libertada de la maldicion, y regenerada, porque cuando el hombre, reunida su alma con su cuerpo, éntre transfigurado en la gloria de los hijos de Dios, llegará tambien al termino de su transfiguracion. Ella participará en el hombre de la union completa con Dios, y resplandecerá como naturaleza transfigurada del hombre en toda su magnificencia 4.

El poder de Jesucristo ha destruido el imperio de Satanás, el cual no tiene parte en los elegidos, porque éstos no sólo pueden triunfar de sus tentaciones, sino ponerle en fuga en nombre de Jesucristo.

6.º En fin, Jesucristo ha reunido á sus hijos en una sociedad santa que forma el nuevo reino de Dios sobre la tierra, el cual debe abrazar todos los pueblos, y tiene por fundamento al Hijo de Dios.

Si comparamos este resultado de la Redencion con las consecuencias del pecado que hemos descrito (p. 128), podemos afirmar que la humanidad ha entrado nuevamente, en cuanto al fondo, en el estado primordial que Dios le habia destinado, y que ha sido salvada y santificada. — (N. del t. f.)

1 Rom., viii, 19 y sig.

2 Ép., iv, 24.

3 Tit., iii, 5.

4 Rom., viii, 19-20.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### FUNDACION Y PROPAGACION DE LA IGLESIA.

#### § 1.º El Divino Fundador Jesucristo.

1. Jesucristo, á la vez Dios y Hombre, es el núcleo y centro de la historia. Su existencia histórica está acreditada: 1.º, por todos los grandes fenómenos que han hecho memorable la historia del mundo durante diez y nueve siglos; 2.º, por el consentimiento de todos los pueblos civilizados; 3.º, por todas las pruebas que demuestran la autenticidad y credibilidad de las narraciones evangélicas; 4.º por el testimonio de los mismos que vivían fuera del Cristianismo, ó sean los paganos y judíos. La vida de Jesucristo (cuyo estudio es ya en nuestros días una disciplina teológica aparte) es tan grandiosa, tan rica en enseñanzas, tan universal en sus resultados, que la historia de la Iglesia debe renunciar á exponerla detalladamente, y limitarse á algunas indicaciones.

#### OBRAS DE CONSULTA Y NOTAS CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 1.

Los tratados de introduccion al Nuevo Testamento suministran las pruebas de la credibilidad de la narracion evangélica. Ademas de los paganos Suetonio, Tácito, Plinio el jóven, Celso (véase Dietz, Testimonios de los autores paganos del segundo siglo sobre Jesucristo y el Cristianismo, programa de estudios, Heddingen, 1874, en alemán), y el Talmud judío, es preciso citar especialmente el testimonio de Flavio Josefo, *Antiq.*, XVIII, iii, 3. Es verdad que muchos lo han atacado como apócrifo (los primeros: Hubert, Gifano y Lucas Osiandro, en el siglo xvi; despues: H.-J. Eichstaet (Jena, 1813); en nuestros días, Gerlach en su obra intitulada «Profecias del Antiguo Testamento» y los pretendidos testimonios sobre Jesucristo), pero sin razon suficiente. Porque: 1.º, todos los manuscritos están conformes en este punto; 2.º, Eusebio, *Hist. eccl.*, I, 11; *Dem. ec.*, III, 5; Sozomeno, *Hist. eccl.*, I, 1; Isidoro de Pelusa, lib. IV, ép. ccxxv, así como los griegos y latinos posteriores (desde Rufino) lo invocan; 3.º, Josefo debia mencionar en alguna parte á los cristianos, cuyo número era ya grande en su tiempo, y que ofrecían notabilísimos puntos de contacto con los judíos, tanto más cuanto que habla (*ibid.*, n.º 7) de Juan Bautista, que tenía menos celebridad; 4.º, el fondo de este pasaje es enteramente conforme al indiferentismo ecléctico de Josefo; 5.º, el silencio de otros autores (Cipriano, Crisóstomo, etc.), proviene ó de que los judíos á quienes combatían podían fácilmente desdeñar á Josefo, considerándolo como

un hombre despreciable ó de que muchos (como Cipriano y otros latinos, ántes de Rufino), no conocían la obra griega.

Asimismo, despues que la Edad media empleó este testimonio sin dificultad (por ejemplo: Otto de Frising, Chron., III, 11; Petrus Bles., Tr. c. perfidiam jud., cap. xxiv; Migne, t. CCVII, p. 851 y sig.), la mayor parte de los sabios (Natal. Alex., Fr. Roze, Huet, Tillemont, Pagi, Usser, Hornejus, Voss, Cave, Schoedel, Flav. Jos., De J. Chr. testat., Lips., 1840, y Langen (Tüb. Theol. Q.-Schr., 1855, I, Das Judenth., p. 442) han defendido su autenticidad é integridad; otros, como Friedrich (en Ester. Vierteljahrsschr. für Theol., 1862, I, 505), se expresan de una manera favorable.

Sin embargo, como estas palabras ó Χριστός υἱός ἦν parecen demasiado fuertes para un judío no convertido, muchos (Blondel, Tan. Faber, Knittel, Le Moine, Paulus, de Fontaines, Routh, Ittig, Heinichen, Gieseler, Lindner Ewald) creen en interpolaciones. Algunos piensan con San Jerónimo que es preciso leer: «Credebatur esse Christus» (Valois, Pozsevino, Natal.-Alex); pero esta lección no tiene garantías, y es contraria á la traducción de Sofronio. Otros piensan que Josefo habló así: «ex sententia christianorum.» Sin embargo, como este autor, lib. XX, cap. ix, n.º 1, dice expresamente: Ἰησοῦ τοῦ λεγόμενου Χριστοῦ, y en general la palabra «Christus», era la más conocida de los paganos, como se ve por Suetonio, Plinio, etc., parece que empleó esta palabra como nombre propio, para designar al autor, ya entónces bien conocido, de la religión cristiana.

Véase Guericke, *K.-G.*, t. I, p. 42, n.º 4. Cuando Orígenes, (Contra Celso., II, XLVII, t. X, in Matth., n.º 17), que conocía los testimonios de Josefo sobre Juan Bautista y Santiago el Justo, y hallaba reprehensible que la ruina de Jerusalem se atribuyese al martirio de este último y no á la crucifixión de Jesucristo, dice de Josefo: ἀπιστῶν τῶ Ἰησοῦ ὡς Χριστοῦ, y τῶν Ἰησοῦν οὐ καταδέξαντες εἶναι Χριστῶν, pasaje, donde «Christus» significa evidentemente Mesías, esto se refiere principalmente al hecho de que Josefo permaneció judío y no era cristiano; no se sigue, pues, que Orígenes haya desconocido el doble sentido de Χριστός.

Entre las numerosas obras escritas sobre la vida de Jesús, citaremos: Mack, *Bericht über das Leben Jesu von Strauss* (Tüb. Q.-Schr., 1837); Hug, *Gulachten über das Leben Jesu von Strauss* (Freib. Ztschr. f. Theol., 1838); Sepp, *Das Leben Christi*, 2.ª ed., Regensb., 1853 y sig., 3 vol.; Heinrich, *Christus*, Maguncia, 1864; Hettinger, *Apologie des Christenth.*, t. I, part. II, cap. XIV-XVIII; Schegg, *Leben Jesu*, Friburg., 1874 y sig. Autores protestantes: Neander, *Leben Jesu*, Gotha, 1864, 6.ª ed.; Tholuck, *Glaubwürdigh. der ev. Gesch.*, 2.ª ed., Hamb., 1813; Hausrath, *Neutestamentl. Zeitgesch.*, I vol., Heidelb., 1838.

#### Nacimiento de Jesucristo.

2. Nuestro Señor Jesucristo nació de la Virgen María en Belen, año de Roma 747. Su nacimiento fué sobrenatural. Aunque de raza real por su Madre, y descendiente de David, se somete desde que nace á la más extrema desnudez, á fin de ofrecernos en todo un modelo de abnegación. Hijo de Dios por naturaleza, engendrado por su Padre desde toda la eternidad y ántes que el mundo fuese, se abate hasta los hombres, toma la forma de esclavo, y oculta el esplendor de su divinidad con

la forma visible de la humanidad. Se convierte en hijo de Abraham por la descendencia carnal y la circuncision, y en súbdito de los emperadores por el lugar de su nacimiento; quiere pertenecer á dos sociedades, la judía y la pagana. La vida oculta de su juventud ocupa la mayor parte de su existencia; la otra, más corta, es consagrada á la vida activa y pública.

#### OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 2.

Sobre el año del nacimiento de Jesucristo, hay gran divergencia de opiniones, á pesar de investigaciones numerosas y muy apreciadas. Véanse aquí los datos cronológicos generalmente admitidos:

I. Jesucristo nació ántes de la muerte de Herodes el Grande (Matth., cap. 11); ahora bien, éste murió en el mes de Nisan, el año 750 de Roma (Jos., *Ant.*, XVII, VIII, I; *Bell. jud.*, I, XXI; Sanclemente, *De emendat. aer., culg.*, Rom. 1793, III, cap. ix, 10).

Son, pues, falsas las opiniones que admiten los años 751-752 (Iren., III, XXI, 3; an. 41 Agustini; Tertul., *Adv. Jud.*, c. viii; Clem. Alex., *Strom.*, I, XXI, p. 407, ed. P.; Eus., *Hist. eccl.*, I, 5, Ord. Vital., *Hist. eccl.*, I, 1; Migne, t. CLXXXVIII, p. 19; Petrus Comest., *Hist. ev.*, cap. v; Migne, t. CXCVIII, p. 1540; an. 752; Olymp. cxciii, 3; Herod. an. 30); ó 753 (Epiph., *Haer.*, I, n.º 22; Oros., *Hist.*, I, 1); ó 754 (Dionys. Exiguus et Panodor.: 5423 creat. cons. Syncelli., *Chronogr.*, Paris., 1652, p. 35, 326).

Antes de la muerte de Herodes, Jesús estaba ya en Egipto y en todo caso los acontecimientos verificados despues del nacimiento de Jesús hasta la matanza de los niños de Belen y la muerte del rey, exigen más largo tiempo (Patrizi, *De evangel.*, lib. III, diss. xxxi, n.º 2; diss. xxxiii, n.º 18; diss. xxxvi).

Segun esto, el año del nacimiento de Jesús se coloca generalmente entre el 747 y el 750. Seyffarth (*Chronol. sacr.*, Lips., 1846) es el único que se decide aun por el 752 (2 a. de la Era Cristiana). El año 750 (4 a. de la E. C.) es adoptado por Wieseler (*Synops. d. Ev.*, Hamb., 1843); 749 (5 a. de la E. C.), por Natal Alejandro, Weigl (*Theol. chronol. Abhdlg.*, Sulzb., 1849); Carl. Ammer, O. S. B. (*Chronol. des Leb. Jesu*, Straub., 1855); Friedlieb (*Gesch. des Lebens Jesu*, Breslau, 1855); Stawars (*Tüb. Q.-Schr.*, 1866); Aberle (*Theolog. Lit.-Bl.*, 1868, p. 602); 748 (6 de nuestra Era, por Dando) (*Hist. univ.*, I, p. 19); Nippel (*Huculic's Zeitschr. f. bath. Theol.*, 1852, III); Thomas Lawin (*Pasti sacri*, Móndres, 1865); 747, por Sanclemente, Münter, Sepp, Patrizi, Mozconi, Zumpt (*Das Geburtsjahr Christi*, Leipzig, 1869).

II. Resulta del cap. II de San Lucas, que Jesucristo comenzó su ministerio público al mismo tiempo que Juan Bautista ó poco despues, á la edad de treinta años y que Juan inauguró el suyo el año 15 de Tiberio. ¿Hay que entender el año 15 del gobierno personal de Tiberio, ó el de su reinado en general, desde su asociacion al trono por Augusto? Dion Casio, *Hist. rom.*, 55, 13, habla de la adopcion de Tiberio por Augusto; Velevo Paterculio, II, § 121, del gobierno colectivo; Cavedoni (*Al. alta numismática bíblica*, p. 9), cita monedas de Alejandría que cuentan los años de Tiberio desde el 757, año de su adopcion. Tiberio fué asociado al imperio en 764 de Roma (11 de nuestra Era), M. Emilio Lepido y

T. Statilio Tauro Coss.; Augusto murió en 767 (14 después de J. C.). Este gobierno colectivo es demostrado por Pagi, Muratori, Patrizi, Heuschen, Zumpt. El año 15 del reinado colectivo de Tiberio, correspondía al año de Roma 778-779 (24 y 25 de nuestra Era); el año 15 de su reinado personal al 782 (28-29). En el primer caso, sería preciso colocar el nacimiento de Cristo hacia el 748; en el segundo hacia el 752. Pero como esta última opinión contradice los resultados adquiridos en el n.º I, es preciso preferir la primera.

III. La estrella de los Magos era, según Keplero (*De Jesu Chr. Servat. anno natalitio*, Francfort, 1604, in-4.º, de vero anno 1614), una conjunción de Júpiter y Saturno en el signo Piscis, que se verificó el año de Roma 747, lo que concuerda perfectamente con lo que precede. Ideler, II, 406 y sig.; Münter, *Der Stern der Weisen*, Copenhague, 1827; Sepp, *Leben Christi*, I, 375, cap. v, 1.º ed.

IV. La paz general reinaba en tiempo de Jesucristo; Hier., *In Isa.*, cap. II; Aug., *Civ. Dei*, xviii, 46. Tres veces fué cerrado el templo de Jano, bajo Augusto: en 725, en 729 y después en 746-750 por cinco años. Este último resultado conviene aquí ciertamente.

V. En cuanto al censo de Quirino (Luc., II, 1 y sig.), los pareceres varían mucho (Vales., *In Ens. Hist. eccl.*, I, v), por lo ménos puede admitirse que Quirino fué dos veces gobernador en Siria y en Cilicia (*Gerlach, Die roem. Statthalter in Syrien. u. Judaea von 69 v. Chr. bis 69 n. Chr.*, Berlin, 1865). Las palabras de José (*Ant.*, XVIII, I, 1), como las de San Lucas, son barto diversamente interpretadas. Sin embargo, siempre sigue siendo muy verosímil, que este censo fué prescrito en 746 y ejecutado en 747. Sepp, I, p. 9 y sig., 17; Patrizi, *Della descrizione universale mentovata da S. Luca dissert.*, Roma, 1876).

VI. No se pueden sacar datos completamente seguros de Luc., I, 5 (De vicia Abia), coll. I, paral. xxiv, 10, á causa del cambio frecuente de las funciones. Segun Tertuliano, loc. cit.; Lactant., *Inst.*, IV, x; Aug., *Civ. Dei*, XVIII, cap. ult.; Trin., IV, v y el Catal. Liberian. (compárese *Hist.-pol. Bl.*, t. XL, 1857 y sig.). Jesucristo murió el VIII Kal. Apr. (25 de Marzo) duobus Geminis coss. (C. Rubellio y C. Juffo), es decir, en 782 (29 de nuestra Era). Ahora bien, como Jesucristo después de haber entrado en la vida pública, no obró más que durante tres ó cuatro años, como lo muestran las cuatro fiestas de Pascua, Juan, II, 13; v, 1; vi, 4; xi, 5 (Patrizi, *De evangel.*, lib. III, diss. XLVII, n.º 5), y segun la opinion comun, no pasó de 33 años, se está de acuerdo para colocar el nacimiento de Jesucristo en 747 (25 de nuestra Era), su bautismo en 778 y en 782 su muerte. Los antiguos (Cl. Alex., loc. cit.; Orig., *Cont. Cels.*, IV, 22), cuentan cuarenta y dos años y tres meses desde la pasion de Jesucristo hasta la ruina de Jerusalem. Como ésta cae en el año 70, tenemos que llevar la pasion al año 28 de nuestra Era.

La opinion de San Ireneo, II, 22, que da 40 años al Salvador, y la de los alejandrinos, que con los valentinianos y gnósticos, interpretan mal á Is., Ixi, 2 col., Luc., IV, 19, y restringen su ministerio público á un año, son aisladas. Este último parecer fué ya combatido por San Ireneo. Se cree generalmente que el Salvador nació el 25 de Diciembre. Sin embargo, algunos antiguos cristianos aceptaban el 24 ó 25 pachom (19 Mayo), otros el 20 de Abril (Clem. Alex., *Strom.*, I, xxi). El 25 de Marzo pasa por el día de su muerte. Algunos admiten el 25 pharnoth (20 de Marzo); otros el 19 ó 25 pharnouth (3 y 7 de Abril). Clem., loc. cit.; Epiph., *Haeres.*, LI, n.º 26.

Se creía generalmente que el Mesías debía descender de David (Matth., xxii,

42). Las genealogías de los evangelistas hablan directamente de José y no de María, porque no estaba en uso formar las genealogías por las mujeres. Ahora bien, María era de la misma raza que José. Hier., *Com. in Matth.*, cap. 1; Joan. Dam., *F. O. IV*, xiv, p. 274, ed. Le Quien.

Las diferencias entre San Mateo, cap. I, y San Lucas, III, 23 y sig., se explican por los matrimonios de levirato 1, (y por esta razon San Mateo establecía la descendencia legal del Salvador, partiendo de David por Salomon, y San Lucas su descendencia natural por Natan); ó bien nacen de que el primero ha querido mostrar que descendía legalmente de José, mientras que el segundo ha descrito su descendencia misteriosa y verdadera. (Joan. Dam., loc. cit.; Haneberg, *Bibl. Offend.*, p. 542; Kurtz, *Lehrb. der hl. Gesch.*, 1855, p. 190). Conforme á esta genealogía (Julio Africano, in *Euseb. Hist. eccl.*, I, 7, al fin; cf. Niceph., *Call.*, I, xi); Teofilacto, *In Luc.*, cap. III (Migne, t. CXXXIII, p. 744), llama á José hijo de Jacob, segun la realidad, hijo de Heli (Luc., III, 33), segun la ley. La genealogía de Jesús fué desde el principio objeto de controversias. (Orig., contra Celso, lib. III, cap. xxxii.)

#### Infancia de Jesucristo.

3. El Niño recién nacido recibe los homenajes del cielo por intermedio de los ángeles; de los fieles humildes é inocentes por conducto de los pastores de Belen; de los paganos, á quienes convertirá en su día, por mediación de los magos; de los profetas y sacerdotes por boca de Simeon, Zacarías y su hijo Juan; de las mujeres y viudas por medio de Isabel y de Ana.

Las maravillosas apariciones que preceden y siguen al nacimiento de este Niño, el significativo nombre que le da el ángel (Jeschua, por Jehoschua), su milagrosa liberación de los peligros que le amenazan, especialmente de parte de Herodes, que tiembla en su fortaleza real, y hace matar, temiendo por su reino, á los infantes de Belen, sin poder dar con el que busca; su aparición en el templo de Jerusalem á la edad de doce años, revelan ya en Él un personaje extraordinario.

Y sin embargo, este maravilloso recién nacido, en el cual se cumplen, como en los más humildes hijos de su pueblo, todas las prescripciones de la ley (la circuncision en el octavo día, la presentación en el templo acompañada de ofrendas), vive en la pequeña villa de Nazareth, sometido á su madre y á su padre putativo el carpintero José; de aquí el ser llamado Hijo del carpintero<sup>2</sup>. A las preocupaciones aristocráticas del antiguo mundo, á su desprecio del trabajo manual, Jesucristo opone la humildad desde que aparece sobre la tierra. La palabra que no tardaría en salir del taller del carpintero, iba á abatir este orgullo.

1 Matrimonio de un juilío con su cuñada.

2 *Marc.*, VI, 3.



Jesús, á medida que crece en sabiduría y en gracia <sup>1</sup>, manifiesta al exterior, en su vida y por sus actos, la virtud divina que reside y en cierto modo dormita en Él. No recibe instruccion humana, propiamente dicha; los judíos, que en lo sucesivo admirarán su sabiduría, saben que no ha aprendido el alfabeto. No se podría probar que hubiese tenido relaciones con los esenios; no tomaba parte alguna en las prácticas rigurosas con que celebraban el sábado, ni en sus frecuentes abluciones, ni en sus métodos de enseñanza, ni en sus especulaciones. La enseñanza humana, tal como se daba entonces, hubiera sido incapaz de formarlo tal como le veremos luego aparecer. Reunía, en virtud de la union hipostática, la ciencia humana y la divina; la plenitud de la divinidad residía en Él con todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia <sup>2</sup>. Y sin embargo, se conforma á los usos de sus contemporáneos, y no comienza su público ministerio hasta la edad de treinta años.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 3.

Los homenajes tributados al Salvador por las diferentes clases están magníficamente descritos en Orderico Vital, *Hist. ecel.*, I, i, in fine (Migne, t. CLXXXVIII, p. 20). Sobre los nombres de los tres magos en la Edad media, Petrus Comest., *Hist. ec.*, cap. viii (ibid., t. CXCVIII, p. 1542). La manzana de los niños de Belen es mencionada por Macrobio, Saturn., II, iv, que escribió Siria por Palestina, ó Syria Palaestina. Zacarías fué entonces probablemente condenado á muerte por Herodes, puesto que sustrajo su hijo á sus órdenes (Petrus Alex., *Ep. can.*, c. xiii; cf. *Orig., Com. ser. in Matth.*; Migne, t. XIII, p. 1630 y sig.). Esta tradicion, que parece sacada de Matth., xxii, 35, y que adoptan todavía Casaubon, Montacucio y Tillemont, es rechazada por San Jerónimo, *Comm. in Matth.*, loc. cit. Sobre la infancia de Jesús, véase Joan. Dam., *F. O.*, III, xxii, p. 246 y sig.; de *avobis voluntat.*, n.º 38, p. 350; Lieber, *Ueber das Wachstum Jesu in der Weisheit* Regensb., 1850. No está demostrado que Jesús niño haya obrado milagros, como lo dicen algunos apócrifos y lo sostenian diversos autores contra los gnósticos, que no le concedian el don de milagros ni despues del bautismo. Sepp, (Vida de Jesús, II, p. 61) lo niega, pero exagera evidentemente al tratar la otra opinion de herética. Este pasaje, Joan., II, 11, puede tambien entenderse del primer milagro «notorio.» Hausrath (véase arriba, I), i, p. 370, niega igualmente que Jesús haya tenido relaciones con los esenios.

San Juan Bautista.

4. Antes de Jesucristo pareció el último de los profetas, su precursor Juan Bautista, destinado á prepararle los caminos en el espíritu y

<sup>1</sup> Luc., II, 40, 50.

<sup>2</sup> Colos., II, 3, 9.

la verdad de Elias <sup>1</sup>. Imitando la vida mortificada de los nazarenos, Juan atacó con su palabra austera los vicios dominantes, y llamó los corazones á penitencia. Administra el bautismo de agua, símbolo de la purificacion interior. Muchos le siguen, persuadidos de que es el Mesías, pero él protesta que es simplemente la voz del que clama en el desierto, que el Salvador ha sido antes que él, y que parecerá despues de él <sup>2</sup>. Jesús va á buscarle al Jordan para hacerse bautizar. Con esto, 1.º Hijo de Dios, quiere imprimir al bautismo de Juan carácter sobrenatural y divino; 2.º hijo de su pueblo, quiere inclinarse ante el signo de la deuda nacional; 3.º quiere mostrar tambien que su mision es cumplir la voluntad de Dios y abatirse él mismo, y 4.º elevar, en fin, el presentimiento de Juan Bautista al estado de certidumbre, y santificarle entonces tambien. Cuando Juan, despues de haber vacilado al principio, bautizó á Jesús, una revelacion divina atestiguó que Éste era el Hijo muy amado del Altísimo; le glorificó por el testimonio del Padre y del Hijo, é hizo de Juan mismo un testigo inspirado de Dios, que iba á predicar desde aquel día al Cordero que borra los pecados del mundo, á anunciar el acrecentamiento del poder de Jesús y la declinacion del suyo <sup>3</sup>.

Más tarde San Juan fué llevado cautivo á la fortaleza de Macheronta por Herodes Antipas, que le habia escuchado cuando censuró su incestuosa union con Herodías. Acaso Herodes quería sustraerle á la venganza de esta mujer enfurecida; acaso temía su influencia sobre el pueblo. A los enviados que San Juan dirigió á Jesús desde su prision, el Salvador respondió alegando el cumplimiento de las profecías <sup>4</sup>, y los milagros operados por Él <sup>5</sup>. En lo sucesivo, muchos discípulos de Juan, que fué al fin decapitado en su prision por la maldad y los artificios de Herodías, se declararon discípulos de Jesucristo; mientras que otros se mantuvieron apartados de él por consecuencia de malas interpretaciones, y formaron por largo tiempo un partido distinto (los cristianos de Juan).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 4.

Buxdorf, Lightfoot, Welstein, Danz, Ziegler, Bengel, creían que el bautismo de Juan era idéntico, ó al ménos una imitacion del de los prosélitos judíos. Esta asercion está combatida por Paulus, de Wette, Reich, Schneckenburger, etc., y por la mayor parte de los católicos (Doellinger, Heidentum, p. 807). Que

<sup>1</sup> Luc., I, 17; Marc., IX, 11 y sig.; Matth., XI, 13; Malach., IV, 5 y sig.

<sup>2</sup> Joan., I, 19-27.

<sup>3</sup> Joan., I, 29; II, 26.

<sup>4</sup> Luc., XXV, 4 y sig.; LXXI, 1 y sig.

<sup>5</sup> Matth., XI, 2 y sig.; Luc., VIII, 19 y sig.

el bautismo administrado por Juan fuese en mucho inferior al establecido por Jesucristo, decláranlo los Padres en diversas ocasiones. Cyrill., *Catech.*, III, n.º 9; Basil., *Behort. ad bapt.*, n.º 1; Naz., *Or.*, XXXIX, n.º 17, p. 688; Tit. Bostr., *In Luc.*, cap. III; Aug., *Tr. V in Joan.*; C. lit. Petil., II, 33 y sig.; *De bapt.*, V, x, 12. Véase Focio, III, 583 y sig. La asercion de Bucero, Melancthon, etc., de que el bautismo de Juan tenía la misma virtud que el de Jesucristo, ha sido condenada por el Concilio de Trento, sess. VII, can. 1, *De bapt.* Sobre el bautismo de Jesús, véase Doellinger, *Christenth.* u. K., p. 3. De las obras heréticas, tales como el *Kerygma* de Paul (al Pedro), decían: «Christum (que se habría declarado pecador) ad accipiendum Joannis baptismum poene invitum a matre sua Maria esse compulsum, item cum baptizaretur, ignem super aquam esse visum» (Anctor de *baptismate*, cap. XVII; Op. Cypr., ed. Hartel, part. III, p. 90). Sobre los cristianos juanistas, Act., XVIII, 25; XIX, 1 y sig.; Clem., *Recognit.*, I, 54, 60; Vigil. Taps., lib. I, contra Arium, Sabellius y Plotinum, c. xx. Despues de 1650, los misioneros carmelitas descubrieron todavía en Basora y Suster algunos herejes que se llamaban Nazarenos ó Mendenos, á quienes los turcos llamaban Zabienos (Sabai). *Ignatii a Jesu, Narratio originis, rituum et errorum christianorum S. Joan.*, Roma, 1652, en 8.º. Matth. Norberg publicó en Lóndres en 1815 el *Codez Nazarenus, liber Adam appellatus, syriace transcriptus latineque redditus*; poseemos tambien fragmentos de otros dos escritos de los nazarenos, el *Ditan* y el *Liber Joannis* (Archangelus a S. Theresia, *Ep. ad Rob. Huntington. d. d.*, Bassora, 28 nov. 1681; Fabricius, *Cod. pseudopyr.* V, T., p. 27-29). La lengua de los cuatro libros sagrados de los cristianos juanistas está en el dialecto arameo, que participa del sirio y el caldeo. Se dicen originarios de las orillas del Jordan y afirman que fueron expulsados de allí por los mahometanos. Véanse las noticias en Gieseler, Burckhardt (Strasburgo, 1840) y Dür (art. Zabier, Freib. K.-Lex., XI, 1231 y sig.)

#### Los trabajos de Jesucristo.

5. Despues de su bautismo, Jesús se retiró á la soledad del desierto, donde en su cualidad de segundo Adán, fué tentado por el demonio. Había comenzado su vida pública y dado testimonio con su doctrina y sus obras, de que era el verdadero, el supremo dechado de la humanidad. Anuncia desde luégo la verdad en Galilea, despues en Judea, y la anuncia tal como la ha recibido de su Padre. El Dios único y Padre de todos los hombres, lleno de santidad, de bondad y de justicia, cuya providencia se extiende á los menores objetos, le ha enviado al mundo para llamar á los pecadores y convertirlos, para disipar las tinieblas del mundo, porque Él es el camino, la verdad y la vida. Si exige que se crea en su dignidad mesiánica y origen divino, los demuestra con maravillas y profecias, por los testimonios del Antiguo Testamento, de San Juan Bautista y de su Padre celestial. Comienza su lucha contra los vicios de los fariseos, á quienes echa en cara el desfigurar la ley. En su cualidad de Señor, Maestro y Legislador Supremo<sup>1</sup>, explica la ley

<sup>1</sup> *Math.*, VII, 28.

que ha venido á cumplir y á transfigurar<sup>1</sup>. Elevado sobre todos los partidos judios, por la sabiduria divina que resplandece en la sencillez de su enseñanza en forma de gnomos y parábolas<sup>2</sup>, sobrepuja infinitamente toda la ciencia humana. Sin embargo, no deja de someterse personalmente á la ley mosaica, de vivir en la abnegacion y en el sacrificio. Su vida y doctrina estaban en perfecta armonía, y hasta entónces jamás había visto el mundo tal elevacion unida á tanta grandeza moral.

#### OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 5.

Order. Vitalis, *Hist. eocl.*, I, III y sig. Los trabajos de Jesucristo atestiguan claramente su triple ministerio. Como Rey (Joan., XVIII, 37), manifiesta su poder sobre la naturaleza, ó más bien sobre todo lo que está en el cielo y en la tierra (*ibid.*, XXVIII, 18; Joan., XVII, 2); este poder resplandece con numerosos milagros de toda especie (los Evangelios traen más de cincuenta, que no se acorcan ni con mucho al total), tal como los obraban los profetas, y por la comunicacion de los dones de la gracia á sus discípulos (*Matth.*, x, 1, 8; Marc., VI, 7, 13; Luc., IX, 1; Joan., XIV, 12). Jesucristo es designado como rey de los judios en la inscripcion de la Cruz (Joan., XIX, 19); aparece como rey que juzga (*Matth.*, XXV, 31, 34, 40); como Príncipe de los reyes de la tierra, Rey de reyes. Dominador de los que dominan, en el Apocalipsis, II, 3; XVII, 14. Sumo Sacerdote, ofrece á su Padre perfecta alabanza y el sacrificio absoluto de su obediencia (Joan., XVII, 4; VIII, 29); intercede por sus discípulos como sacerdote, segun el órden de Melquisedech (Ps., CIX, 4; Hebr., V, 5 y sig.); convierte en sacerdotes á sus discípulos (Luc., XXII, 19), y termina su vida con el sangriento sacrificio de la Cruz (Hebr., IX, 14).

Muéstrase profeta, no solamente por la verdad que enseña, sino tambien por las más diversas profecias. Profetiza: *a.* la entrada de todos los pueblos en el reino de Dios y la exclusion de la mayor parte de los judios (*Matth.*, VIII, 11 y sig.; XXI, 43); *b.* la ruina de Jerusalem y la dispersion de los judios (Luc., XIII, 34 y sig.; XIX, 43; XXI, 6, 24); *c.* la persecucion de los Apóstoles, las pruebas de su Iglesia, la victoria y propagacion de ésta (Joan., XV, 18-21; *Matth.*, XVI, 18; XXIV, 14); *d.* la traicion de Judas, la negacion de Pedro, el escándalo de los demás Apóstoles durante su Pasion (*Matth.*, XXVI, 31; XXXIV, 75); *e.* el martirio de Pedro (Joan., XXI, 18); *f.* su propia Pasion, su Resurreccion y Aparicion en Galilea (Joan., II, 19; III, 14; XVIII, 33; *Matth.*, XX, 17 y sig.; XXVI, 32; Marc., X, 32 y sig.); *g.* la venida del Espíritu Santo (Joan., XIV, 26; XV, 26; XVI, 13; Luc., XXIV, 49; Actas, I, 8); *h.* el fin del mundo y su segunda venida como Juez (*Matth.*, XXI, 30; XXVI, 64; Marc., XIII, 24 y sig.)

#### Fundacion de la Iglesia.

6. El Dios Hombre no quería obrar, así como lo haría cualquier bienhechor ordinario de la humanidad, de una manera transitoria y

<sup>1</sup> *Math.*, V, 17.

<sup>2</sup> *Ibid.*, XIII, 34.

fijando los ojos solamente en su época y en el pueblo que le rodeaba. Su obra debía permanecer en el curso de los siglos y fructificar por todos los pueblos, así para los paganos como para los judíos <sup>1</sup>. Proveyó á esto por medio de la fundación de su Iglesia, sociedad exterior y visible. Véase aquí cómo tuvo lugar su establecimiento: 1.º Jesús reunió al rededor de sí discípulos y adictos, un considerable grupo de piadosas mujeres y otras personas afectas; de este grupo sacó otro, limitado á 72 discípulos <sup>2</sup>, y despues otro más limitado aún de 12 discípulos escogidos, que llamó Apóstoles <sup>3</sup>. Desplegó infatigable paciencia para instruirlos, especialmente á los Apóstoles, á quienes inició más completamente en su doctrina, porque quería hacerlos pescadores de hombres <sup>4</sup>. Les confirió además un poder social, autorizándoles para dirigir á los fieles y administrarles los misterios de salud. Así como había sido enviado por su Padre, Él les envió; Él fué quien los escogió <sup>5</sup>, y no ellos los que se escogieron á sí mismos <sup>6</sup>. El desenvolvimiento de su reino había, pues, de hacerse de arriba á abajo; todo había de ligarse á personas vivientes y autorizadas; la sociedad establecida por Jesucristo estaba compuesta de miembros desiguales entre sí, maestros y discípulos, jefes y subordinados.

Los doce Apóstoles, cuyo número correspondía al de las doce tribus de Israel, habían de satisfacer también las diversas tendencias intelectuales de la humanidad. Todos pertenecían á condición inferior, y no habían recibido instrucción particular; porque no virtud humana, sino divina, era la que debía revelarse en ellos, y obrar por medio de ellos. Al enviarlos, Jesús les prometió el Espíritu de verdad y su perpétua asistencia; les dió el don de milagros, la misión de enseñar, el poder de atar y desatar, de perdonar los pecados y retenerlos, de celebrar en memoria suya el festín sagrado que había instituido; les comunicó también la gloria que había recibido de su Padre <sup>7</sup>. Destinados á ocupar su puesto, la palabra de ellos será su palabra y se tendrá por honrado con el honor que se les rinda <sup>8</sup>.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 6.

Phillips, *Derech. eccles.*, I, §§ 9 y sig.; p. 57 y sig. — Si los nombres de los doce Apóstoles están exactamente indicados (Matth., x, 2 y sig.; Luc., vi, 13-16; Act.,

1 *Joan.*, x, 16; *Matth.*, xv, 24; xviii, 19; *Marc.*, xvi, 16; *Luc.*, xiv, 23.

2 *Luc.*, x, 1 y sig.

3 *Joan.*, i, 37 y sig.; *Luc.*, vi, 13 y sig.; *Matth.*, iv, 18 y sig.

4 *Luc.*, v, 1-11.

5 *Joan.*, xx, 21.

6 *Ibid.*, xv, 16.

7 *Ibid.*, xvii, 22.

8 *Luc.*, x, 16.

i, 13), los antiguos documentos no dan el catálogo de los 70 ó 72 discípulos. Euseb., *Hist. eccl.*, I, 12, menciona solamente á Bernabé, Sosthenes, Matias, Tadeo y Cefas. De los tiempos subsiguientes sólo tenemos los catálogos del Chron. Alex. y de Doroteo de Tiro (Migne, *Patrol. graec.*, t. XCII, p. 521 y sig., 1060 y sig.) Cf. lib. III, De vita et morte Mosis, ed. J.-A. Fabricius, App. Para sostener que eran 72 los discípulos, se cita á Taciano, Ammonio, San Epifanio, San Agustín. (Quaest. ev., II, cap. XIX; Constit. ap., II, 59, etc.; Baron., an. 33, n.º 38.

Primado de Pedro.

7. Pero con el fin de que hubiese un centro de unidad para los Apóstoles, cuando Él abandonase la tierra, y para que su reino permaneciese tal como lo había fundado y dirigido, el Salvador instituyó un jefe visible en la persona de Simon, y le dió el nombre de Cefas (roca) <sup>1</sup>. Simon-Pedro, despues de haber confesado que su Maestro es el Hijo de Dios vivo, recibe en recompensa de su fe la promesa de que el Señor edificará sobre él su Iglesia, que le confiará las llaves del reino de los cielos y el poder soberano dentro de la Iglesia. Despues de haber atestado tres veces su amor, Pedro recibe la misión de apacentar los corderos y las ovejas, es decir, todo el rebaño del Señor, cuyo lugar ocupará en calidad de pastor. Como había sido tentado por Satanás, el Señor pidió por él en particular, para que su fe no desfalleciese, porque su deber era confirmar á sus hermanos. San Pedro, por humana flaqueza, y no porque le faltase la fe interior, negó tres veces á su Maestro, como éste se lo había predicho; pero su caída en nada perjudicó á su elevada vocación, porque ésta no debía comenzar sino despues de la muerte del Señor. Así aprendió á compadecer la debilidad de los demás, y sintió más la necesidad de la asistencia divina. Expió su falta con lágrimas de penitencia y por medio de una nueva profesión de amor. Despues de la muerte de su Maestro, Pedro entra inmediatamente en la herencia que se le ha asegurado para siempre; es reconocido en los Evangelios como el primero de los Apóstoles, y celebrado por la posteridad cristiana como su jefe y cabeza, como fundamento y piedra angular de la Iglesia y como doctor del universo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 7.

J. a. Bennetis (capuch.), *Privilegiorum S. Petri vindiciae*, Rom., 1755 y sig., 6 vol.; Passaglia, *De praerogativis B. Petri*, Ratisb., 1851; Bellarm., *De rom. Pont.*, lib. I; Phillips, *op. cit.*, t. I, §§ 11-17, p. 65 y sig.; Döllinger, *Christenth. u. K.*,

1 *Joan.*, i, 42.

Regensb., 1860, p. 30 y sig. Sobre Matth., xvi, 16-19, véas. Hilar., Hier., Chrys., In h. loc.; Leo M., Serm. III, cap. III; Serm. LXXXIII; Ep. LXXXIX ad ep. Viann. El texto no permite en modo alguno, según lo pretende Calvino (Inst., IV, 6), referir á Jesucristo mismo las palabras «super hanc petram» porque el original trae dos voces Cefas; se destruiría la contextura del discurso y el «ego dico tibi» que precede sería inútil. (Bellarm., loc. cit., c. x). Los Padres refieren esta palabra á Pedro y á su fe y le llaman meramente «petra Ecclesiae». Así, Tertuliano, De praeser., cap. XVI; Cyr., De unitate Ecclesiae, cap. IV (super unum aedificat Ecclesiam); Hippolyt., In S. Theophan., n.º 9; Orig., ap. Euseb., VI, 26; Hom. v in Exod., n.º 4 (Migne, t. XII, p. 329: «Magnum Ecclesiae fundamentum et petra solidissima, super quam Christus fundavit Ecclesiam»); Hom. VII in Is. (Migne, t. XIII, p. 247: «Petrum, cui portae inferi non invalescent»); Basil., Contra Eunom., II, 4, p. 240, ed. Maur.; Greg. Naz., Or. XXVIII, n.º 19, p. 510; Or., XXXII, n.º 18, p. 591: πάντων (Χριστοῦ μαθητῶν) θεῶν ἀγγέλων... ἃ μὲν πέτρα καλεῖται καὶ τὸς θεμελίους τῆς ἐκκλησίας ποιεῖται. Aug., In Ps. LXXIX; Serm. XXIX de Sanctis; O. Gaud., ep. II, 23; De bapt., II, 1. Sobre el poder de las llaves, Is., XXI, 21, 22; Apoc., I, 8; III, 7, y sobre los rabinos, Sepp, Leben Christi, II, II, p. 275 y sig. Los Padres designan comunmente á San Pedro por el título de κλειδοκός, Cyrill., Catech., XVII, n.º 27; Ephrem., In S. Apost., Op. gr., III, 464; Sobre Juan, XXI, 5 y sig.; Ambros., In Luc., lib. X, cap. XIV: «Christus ascensus in caelum & vicarium amoris» sui erga gregem Petrum reliquit et omnibus eum apostolis antetulit. » Sobre el sentido de «apacentar» en el lenguaje de la Biblia, véas. Ps. II, 9; coll. Apoc., II, 27; Mich., V, 2, coll. Matth., II, 6; Ps. LXXVI; 70 y sig.; Ps. LXXXIX, 1 y sig.; II Reg.; V, 2; Ezeq., XXXIV, 23; Is., XLIV, 28; I Parl., XVII, 6; Jer., XXIII, 4; Ps. XXII, 1; Act., XXII, 1, y Chrys., Hom. LXV, al. LXVI, in Matth., n.º 4. (Migne, t. LVIII, p. 622); Bern., De consid., II, 6, 10; Passaglia, loc. cit., lib. II, cap. XXVII, n.º 240, p. 391 y sig.; Ad. Mayer, Comment., in Joan., Friburgo 1845, t. II, p. 415. La Facultad de Colonia decía en 1618: «SS. Patribus pascere omnia complectitur quae ad Ecclesiae regimen requiruntur.» (Du Plessis d'Argentré, III, II, p. 199). Sobre Luc., XXII; Ciril. de Alej. (Migne, t. LXXXII, p. 916) hace esta observación: γενὸς στήριγμα καὶ ἀνάκτορος τῶν διὰ πίστειος προβάτων ἡμεῖς. San Crisóstomo, Hom. III in Acta, n.º 3 (Migne, t. LX; p. 37), demuestra, á propósito de este pasaje, que Pedro, en su cualidad de πάντας ἐγγεγραμμένος, tuvo la suprema direccion en la eleccion de Matías. Véase además Crisóst., Hom. LXXXII, al. LXXXIII, in Matth., n.º 3 (Migne, t. LVIII, p. 741); Aug., De corrept. et grat., cap. VIII; Leo M., Serm. IV, cap. III; Gelas., I ap. Jaffé, Reg., p. 54, n.º 384; Greg. M., lib. IV, ep. XXXII; lib. VI, ep. XXXVII. San Pedro se distingue tambien de los otros: 1.º, en que Jesucristo le hizo marchar con Él sobre el mar (Matth., XIV, 28); 2.º, en que subió á su barca y le concedió una pesca maravillosa (Joan., XXI, 2 y sig.; Luc., V, 3 y sig.) Aug., Tr. XXII in Joan.; Ambros., In Luc., loc. cit.; Ps. Ambrosio de mirab., serm. XI; Greg. M., Moral., VII, XXVI, 37; 3.º, en que pagó por sí mismo y por Pedro el tributo del templo (Matth., XVII, 24-27); véase Chrys., Hom. LXXXVIII, al. LXXXIX, in Matth., n.º 2 (Migne, t. LVIII, p. 568): εἶπερ τὸ ὑπερέβαλλον τῆς τμῆς. En los textos de los Apóstoles (véas. arriba, 6, véas. Marc. III, 16-19), Pedro ocupa el primer rango. Se dice: Pedro y los once (Act., II, 14); Pedro y los que estaban con él (Luc., VIII, 45; IX, 32). En San Mateo, X, 2, es llamado πρώτος, aunque no es el primero por la vocacion. Euseb., Hist. eccl., II, 14, le llama τὸν καρτερὸν καὶ μέγαν τῶν ἀποστόλων, τὸν ἀρετῆς ἕνεκα τῶν λοιπῶν ἀποστόλων προηγούμενον; San Atanasio, In psal. XV, n.º 8 (Migne, t. XXVII, p. 105), el corifeo;

San Ciril. de Jerusalem, Catech., XVII, n.º 27, p. 967, el προτάτης de los Apóstoles (cf. Catech., I, n.º 19; II, n.º 3; VI, n.º 15); San Epifanio, Haer. LI, n.º 17. τὸν ἀρχηγὸν de los discípulos; Haer. LIX, n.º 7: τὸν καρμενίστατον τῶν ἀποστόλων, ὃς ἔργον ἦεν ἀλλήθης σταθερὰ πέτρα θεμελιώσα τὴν πίστιν τοῦ κυρίου; Gregorio de Nazianzo, Or. IX, n.º 1, p. 235, ed. Maur.: τὸ τῆς ἐκκλησίας ἕσπερα; Crisóstomo, Hom. de 10 mill. talent. debit., n.º 3; Hom. IV in Isa., cap. VI (Migne, t. LI, p. 20; t. LVI, p. 123); σπόδος ὡς κρητὶς τῆς ἐκκλησίας; Hom. LXXXVIII, al. LXXXVII, in Joan., n.º 1: τῆς ἀποκατεμένης ἀδάκταλος.

Se ha probado muchas veces que Jesucristo, fundando el primado sobre Pedro, habia establecido una institucion análoga al Sumo Sacerdocio de los judios. Véase Al. Vincenzi, Lucubraciones biblicae, Roma, 1872; Luc, I, p. 1-82; Macar. Eg.; Hom. XXVI, cap. XXIII (Migne, t. XXXIV, p. 680); Πίτερὸς Μωϋσῆα ἀδάκτατο, τὴν κληρὸν ἐκκλησίας Χριστοῦ καὶ τὴν ἀληθινὴν ἱερωσύνην ἐγγεσθεῖς. En las Catacumbas, Pedro es á menudo representado bajo la figura de Moisés é identificado con él. Krauss, Roma sotterranea, p. 229.

San Gregorio Nazianc., Or. XXXIX, n.º 18, p. 689, ed. Maur., dice á propósito de la negacion de Pedro: «Jesús levantó al ilustre Pedro, que habia sentido la debilidad humana en la Pasion del Señor, y curó la triple negacion con la triple confesion.» Origenes recordaba ya (Comment. sermo, in Matth., n.º 15; Migne, t. XIII, p. 1762 y sig.); que en este momento el Espíritu Santo no habia descendido aun sobre los Apóstoles; que Pedro pecó en el vestibulo de Caifás, en el lugar de la tentacion, ántes del nacimiento del día y ántes de que se cumpliese la Redencion; que fué castigado por su promesa hecha ligeramente y por su presuncion, pero que sacó la mayor ventaja, convirtiéndose en verdaderamente fuerte y perseverante. V. t. XXXII in Joan., n.º 5 (Migne, t. XIV, p. 753); Leo M., Serm. LX, cap. IV: «Petrus, ancilla sacerdotis calumniantem perterritus, ex infirmitate periculum negationis incurrit, ob hoc, sicut apparet, haesitare permensus, ut in Ecclesiae principe remedium poenitentiae conderetur, et nemo aunderet de sua virtute confidere, quando mutabilitatis periculum neque B. Petrus potuisset evadere.»

#### Propiedades de la Iglesia.

8. Tambien fué asegurada á la Iglesia la unidad, que iba á ser en todos los siglos prueba irrefragable de la divina mision de Jesucristo<sup>1</sup>. La conservacion de esta unidad exigia la concordia de todos los fieles con Jesucristo, y los jefes instituidos por Él, así como la exclusion de toda doctrina opuesta.

Estos jefes de la Iglesia debían ser santificados en la verdad<sup>2</sup>; la Iglesia habia de permanecer santa é inmaculada<sup>3</sup>, sostenida por el genio heroico del amor, animada de santo ardor por la perfeccion de que el Padre celestial le dió el modelo<sup>4</sup>. Para llegar á la universalidad, era preciso velar incessantemente por la propagacion de la celestial doc-

1 Joan., XVII, 20 y sig.

2 *Ibid.*, XVII, 17, 19.

3 Eph., V, 25 y sig.

4 *Math.*, V, 48.

trina y garantizar la sucesión del ministerio apostólico, hasta que se consumase la misión de la Iglesia en el mundo<sup>1</sup>. De este modo, el reino del Hijo de Dios, sin ser de la tierra<sup>2</sup>, fué fundado sobre la tierra y para la tierra. Este reino es la Iglesia católica, en la cual solamente se cumplen las predicciones de los profetas sobre el reino imperecedero del Mesías<sup>3</sup>.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 8.

Los Padres demuestran á menudo que las profecías de la antigua ley se han cumplido en la Iglesia; por ejemplo: San Ciril., *Catech.*, XVIII, n.º 25 y sig.; Aug., *De unit. Eccles.*; *Brevic. Collat.*, *Contra Donat.*, die III.

Jesús y sus enemigos.

9. La fundación de la Iglesia siguió una marcha paralela á la predicción del Salvador. Dos discípulos de Juan Bautista, Andrés y Juan, fueron los primeros en acercarse á Él, y le reconocieron por su Maestro. Vino en seguida Simon, hermano de Andrés, llamado despues Cefas, y má tarde en el camino de Galilea Felipe, que fué seguido de Nathanaél (Bartolomé). Ya empezaba á extenderse la fama del milagro hecho por Jesús en Caná de Galilea. Numerosas curaciones, y la expulsión de los que traficaban en el templo, hecha con majestad verdaderamente divina, sin que nadie osase contradecirle, acrecentaron su prestigio. Sin embargo, la oposición de los fariseos iba aumentándose, y los doce Apóstolos, escogidos por Jesucristo, seguían siempre tímidos y vacilan tes en la fe.

Jesús obraba principalmente en Galilea; mostró amor á los samaritanos, detestados por los judíos; se manifestó á Pedro, Santiago y Juan para reanimar su valor, darles el presentimiento de su verdadera grandeza, y tambien para establecer la unidad del Antiguo y Nuevo Testamento. Les probó que su cuerpo humano era susceptible de trasfigurarse, mostrándose entre Moisés y Elías en el pleno fulgor de su trasfiguración. Cuanto ménos lisonjeaba las esperanzas terrenas que se fundaban sobre el Mesías, puesto que se sustrajo al pueblo que quería proclamarle rey<sup>4</sup>, con mayor fuerza insistía acerca de su divina misión y de su unidad con el Padre, áun viéndose en peligro de ser lapidado, como

1 *Eph.*, IV, 11 y sig.

2 *Joan.*, XVIII, 36.

3 *Is.*, II, 2; IX, 6; XLIX, 6; LI, 4; *Don.*, II, 44; *Malach.*, I, 11.

4 *Joan.*, VI, 15.

blasfemo, por los judíos enfurecidos<sup>1</sup>. Las casi muertas esperanzas de un libertador terreno, el ódio del mundo contra la austeridad de su doctrina, la decadencia de la religión judaica, reducida ya á prácticas exteriores, la cólera de los hipócritas fariseos contra sus palabras, la inconstancia y credulidad del pueblo sometido á aquellos, causaron su muerte, y con ella el cumplimiento de los designios de Dios, y la salvación del mundo, que iba á nacer á la verdadera vida.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 9.

Döllinger, *op. cit.*, p. 5 y sig. Sobre la Muerte de Jesucristo, deseada por Él mismo y por los judíos, Leo M., *Serm.*, LXX, cap. I: «*Quamvis ad salutem humani generis pertineret passio Salvatoris et aeternae mortis vincula temporalis sint Domini morte dirupta, «aliud» tamen Crucifixi patientia, «aliud» crucifigentium egit insania, nec ad eosdem rerum exitus misericordia et ira tendebat, cum per ejusdem sanguinis effusionem Christus solveret mundi captivitatem, Judaei interficerent omnium Redemptorem.*»

Resoluciones del gran Consejo de los judíos.

10. Ya el gran Consejo de los judíos había ordenado que fuese excluido de la Sinagoga quien reconociese á Jesús de Nazareth por el Mesías<sup>2</sup>. Acrecentada la exasperación por la milagrosa resurrección de Lázaro, siguió á aquél otro decreto por el que se mandaba arrestar al Salvador y hacerle comparecer ante el tribunal<sup>3</sup>. Jesús se había retirado á Efen, cerca del desierto. Pero pasado el tiempo de las precauciones y llegada su hora, muchos días ántes de la Páscoa salió de este lugar para ir á Jerusalem, atravesando por Jericó. Anunció á los suyos, en los términos más precisos, la proximidad de su Pasión y Muerte, así como de su Resurrección. La afluencia del pueblo á Jericó era prodigiosa. Llegó como en triunfo á la capital de los judíos, y fué recibido con las aclamaciones de «¡Hosanna al Hijo de David!»<sup>4</sup>. A pesar de las protestas de los fariseos, no rehusó estas alabanzas de la multitud; enseñó, verificó públicamente curaciones en el templo, sin que nadie se atreviese á poner las manos sobre Él; rechazó de su lado á los fariseos y saduceos, y llorando sobre Jerusalem, y por los pecados del pueblo, el Hijo del Hombre, que era al mismo tiempo Hijo de Dios, terminó su enseñanza pública.

1 *Joan.*, X, 20-29.

2 *Ibid.*, IX, 22.

3 *Ibid.*, XI, 47, 53.

4 *Matth.*, XXI, 8 y sig.

## La última cena.

11. Cierta de la muerte que le esperaba, así como de su perfecto triunfo, Jesús celebró con sus discípulos el festín pascual, prescrito por la ley; les dió, lavándoles los pies, el más conmovedor ejemplo de humildad, é instituyó el sacramento de su carne y sangre anteriormente anunciado<sup>1</sup>: Sacrificio sin mancha y permanente de su Iglesia, centro del culto divino, festín del amor y prenda de la inmortalidad. Manifestó compasiva caridad á Judas Iscariote, uno de sus Apóstoles, precipitado por la avaricia hasta el extremo de hacer traición á su Maestro, y haciéndole ver que conocía sus designios, le movió á apresurar el cumplimiento de ellos. Despues de haber dado gracias, seguido de sus discípulos inquietos y temerosos, sale resultadamente al encuentro del traidor, que de antemano había abandonado la sala y venía al frente de los soldados.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 10 Y 11.

Duellinger, Paganismo y Judaismo, p. 37. Véase Ord. Vitalis, I, 12.

## Prision de Jesús.

12. En el huerto de Gethsemani, Jesús padeció violenta angustia, porque se sentía cargado con la maldición de los pecados del mundo entero. Sin embargo, resignado con la voluntad de Dios, y fortalecido por un ángel, se sometió en cuanto hombre á la más dolorosa Pasión, y fué obediente hasta la muerte. La naturaleza humana se mostraba en Él, pero realizada por virtud sobrenatural.

En el mismo huerto, Jesús fué alcanzado por la tropa que guiaba Judas, el cual, contenido por el temor, no se atrevió á darlo á conocer sino por medio de un beso. Pero antes de ser maniatado, Jesús quiso hacer sentir á los soldados su poder sobrehumano, y cayeron á tierra, heridos por el resplandor de su rostro. Jesús, en este extremo, no cuida sino de sus discípulos, entre los cuales solamente Pedro mostró irreflexivo ardor sacando la espada. Su divino Maestro le reprimió, curando al que Pedro había herido, y despues se entregó voluntariamente á la tropa enviada contra Él por el gran Consejo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 12.

Duellinger, p. 39; Chrys., Hom. LXXXIII, LXXXIV, al. LXXXIV, LXXXV, in Matth. Migne, t. LVIII, p. 745 y sig.; Ord. Vitalis, I, 13. El pasaje de Luc., xxii, 24, que

<sup>1</sup> Joan., vi, 56.

algunos sirios rechazaban, es admitido por Focio, Ep. CXXXVIII, ed. Montac. (Amph., q. CCXIX, p. 992), en sentido atenuado, así como por otros griegos y por algunos modernos (de Wette, ad h. loc., I, 128).

## Sentencia de Jesús.

13. El proceso del sanhedrin contra Jesús consistió: 1.º En la prueba de testigos, que fracasó completamente por la falta de acuerdo entre ellos. 2.º En el propósito de obligar á Jesús á declarar con juramento si era el Mesías y el Hijo de Dios. Ante su respuesta afirmativa, sólo quedaba á los jueces la alternativa de reconocerle como tal ó declarar que había blasfemado de Dios; eligieron este último partido y le declararon digno de muerte<sup>1</sup>. Esta declaracion, desnuda de formas, fué acompañada de ultrajes y malos tratamientos. Sin embargo, para no asumir á los ojos del pueblo la odiosa responsabilidad de una ejecucion, y con el fin de hacerle sufrir la ignominiosa muerte de Cruz, en lugar de lapidarlo, como lo prescribía la ley<sup>2</sup>, el gran Consejo le acusó de alta traicion ante el gobernador Pilatos (sin mencionar el fallo dictado contra Él por la supuesta blasfemia). Díjéronle solamente que se hacía pasar por rey, que prohibía pagar el tributo á César y sublevaba al pueblo. Las respuestas de Jesús pusieron de manifiesto su inocencia ante Pilatos, el cual intentó librarse con subterfugios de las nuevas exigencias de los judíos. Sabiendo que el acusado era súbdito de Heródes Antipas, el cual se hallaba á la sazón en Jerusalem para la fiesta de Pascua, lo envió á él. Heródes se mostró reconocido á esta atencion, pues esperaba hacer á Jesús juguete de sus burlas. Engañado en sus propósitos, y no habiendo obtenido de él respuesta alguna, le despidió.

Pilatos intentó devolverle la libertad con ocasion de la fiesta de Pascua. Pero como el pueblo, excitado por los fariseos, prefiriese el asesino Barrabás á Jesús, y de nada sirviese la flagelacion, porque la inhumana multitud no experimentó compasion alguna viendo al Justo tan horriblemente maltratado, el débil procurador, bajo la amenaza de ser acusado ante el Emperador, cedió á la desencadenada muchedumbre y ordenó la crucifixion.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 13.

A propósito del texto, Joan., xviii, 31, se discute, si durante la dominacion romana, fué quitado al sanhedrin judío el derecho de vida y muerte, (esta es la opinion de Wette), ad hunc loc., p. 269, IV, etc.), ó si aún lo conservaba (Duellinger, Append., II, p. 453-457. Véase p. 40 y sig.)

<sup>1</sup> Matth., xxvi, 59 y sig.

<sup>2</sup> Levit., xxvi, 26.

## Muerte de Jesús.

14. Jesús, pues, como cordero dispuesto para el sacrificio<sup>1</sup>, conducido al lugar de las ejecuciones y cargado con el peso de su suplicio, fué crucificado sobre el Gólgota entre dos ladrones<sup>2</sup>. La inhumana soldadesca se distribuye sus vestidos<sup>3</sup>; el pueblo, los sacerdotes, y hasta uno de los ladrones crucificados con Él le blasfeman, mientras que el otro pide gracia y misericordia<sup>4</sup>. Sus perseguidores juntan el sarcasmo al insulto: si es Hijo de Dios, que descienda de la Cruz<sup>5</sup>. Se le ofrece, para aturdir sus sentidos, hiel y vinagre<sup>6</sup>, pero rehusa gustarlos, porque quiere ofrecer su sacrificio en la plena posesion de sí mismo. Juan es el único de sus discípulos que se halla al pie de la Cruz con la Madre del dolor. Jesús la ha recomendado á su discípulo muy amado<sup>7</sup>. Los sufrimientos aumentan sin cesar; la naturaleza humana del Salvador parece agobiada por ellos y deja escapar estas palabras del Salmista, que había predicho su Pasión: « ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado<sup>8</sup>? » Despues anuncia que « todo se ha consumado, » que está cumplida la obra de la Redencion, y pone su espíritu en las manos de su Padre.

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 14.

Döllinger, p. 41. Leon el Grande, Serm. LV, c. 4, explica así el *Consummatum est* (Joan., XIX, 20): « Hoc est: completæ sunt Scripturæ; non est amplius quod de insaniam populi furentis expectem, nihil minus pertuli quam me passurum prædixi. Peracta sunt mysteria infirmitatis, promanantur documenta virtutis. »

15. Fenómenos extraños ocurren á su Muerte en la naturaleza; el sol se oscurece, la tierra tiembla, el velo que cubría en el templo al Santo de los santos, se rasga, para significar que la Muerte expiatoria de Cristo ha destruido la antigua muralla de separacion, y que la entrada en el reino de Dios, en el verdadero santuario, está abierta á todos los hombres. El Justo obtuvo además otro triunfo, el de que permaneciese en la Cruz, á pesar de la oposicion de los judios, la inscrip-

1 *Is.*, LIII, 7.2 *Is.*, LIII, 12.3 *Ps.*, XXI; *Hebr.*, XXII, 19; *Matth.*, XXVII, 35.4 *Luc.*, XXIII, 39-43.5 *Ps.*, XXI, 8, 9; *Sag.*, II, 18 y sig.6 *Ps.*, LXVIII, 22.7 *Joan.*, XIX, 26.8 *Ps.*, XX, 1, 2.

cion puesta por Pilatos. El Cuerpo del Redentor, atravesado por una lanza para mayor seguridad, dejó salir sangre y agua, símbolos de la Eucaristía y del bautismo. El centurion pagano confiesa que Jesús es el Justo y el verdadero Hijo de Dios<sup>1</sup>. Bajado de la Cruz, Jesús es depositado en un sepulcro nuevo abierto en el jardin de José de Arimatea, que había solicitado este honor. La tumba fué sellada y vigilada cuidadosamente por guardias, para impedir que los discípulos viniesen á sacar de ella á su Maestro.

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 15.

Acerca de los fenómenos naturales que acompañaron á la Muerte de Jesucristo, Nat. Alex., Sæc. I, c. I, a. 5, n.º 6; Sepp., Heidenth., III, 268. Sobre el eclipse de sol, Phlegon, Orig. c. Cels., II, XIV, 33, 59; Tract., XXXV in Matth.; Eus., Chron., an. 2044; Tertul., Apol., cap. XXI; Joc.; Bibl., cod. xcv; Suidas, Subv. φέρον. El soldado mencionado por San Juan, XIX, 41, se llamaba probablemente Longinos; murió mártir. Synaxar. gr., XVI; Oct., Acta SS. Mart., II, 376 y sig., 381 y sig. Joc., Amphil., q. CCCXI, p. 1160, ed. Migne; José de Arimatea, Acta sanct., 17 Mart.; Joc., ep. XCI, CXXII, ed. Montac. Era fácil, segun la legislacion romana, obtener el cadáver de un ajusticiado, para enterrarlo. Dig. XLVIII, XXIV, 2: « Corpora animadversorum quibuslibet petentibus ad sepulturam danda sunt. »

## Resurreccion y Ascension.

16. Creían los fariseos haber extirpado para siempre de la tierra á este Nazareno, tan detestado por ellos, y aniquilado su doctrina; pero erraron el golpe. La muerte no podía encadenar á la vida; el Autor mismo de la vida<sup>2</sup>, la incorruptibilidad por excelencia no podía ser sacrificado á lo corruptible<sup>3</sup>. El Crucificado sale de la tumba al tercer día, como lo había predicho, y suministra la prueba más convincente de la dignidad que le pertenece. El día mismo de su Resurreccion aparece á María Magdalena, despues á Cefas, á los dos discípulos que van á Emaús, y más adelante, por la noche, á los discípulos reunidos, que apenas osan fiarse de sus sentidos. Sus demas apariciones se verifican casi siempre en Galilea, que contiene numerosos fieles, y en donde mandó á sus discípulos reunirse despues de la fiesta de Pásena. Allí, cerca del lago de Tiberiades fué visto primero por siete discípulos, y despues por más de otros quinientos. Poco ántes de Pentecostés, los apóstoles, por mandato del Salvador, vuelven á Jerusalem; se les aparece en diversas ocasiones

1 *Matth.*, XXVII, 51; *Luc.*, XXIII, 47.2 *Acta*, III, 15.3 *Ps.*, XV, 10; *Acta*, II, 27, 31; *XIII*, 35.

y los muestra su verdadero cuerpo, pero en estado de trasfiguración. Todas sus dudas se desvanecen. Tomás mismo, que había sido incrédulo hasta entónces, queda plenamente convencido de la verdad de su Resurrección, y proclama á Jesús su Señor y maestro <sup>1</sup>. El Señor, después de su Resurrección, permanece aún cuarenta días cerca de los suyos, les da nuevas instrucciones para la propagación de su reino, les manda esperar en Jerusalem la venida del Espíritu Santo, y en el Monte de las Olivas, donde había comenzado su Pasión, se eleva hasta el cielo, sentado sobre nubes, desde donde volverá á descender un día para juzgar á los vivos y á los muertos <sup>2</sup>.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 16.

Döllinger, p. 41 y sig. Los griegos cuentan diez ú once apariciones (epifanías) del Salvador resucitado, y las relatan algo diversamente. Véase mi obra: *Pho-tius*, III, 544 y n.º 52; *Nicéforo*. Call. I, 34-36. Se hallan también diez en *Ord. Vitalis*, I, xvi, p. 62 y sig.; *Petrus Comest.*, *Hist. apost.*, cap. I, p. 1645. Sobre las ventajas que valió á la posteridad la incredulidad de Tomás, véase *San Greg. M.*, *Hon.*, xxvi en *Evang.* El Nuevo Testamento da constantemente al Salvador el título de *κρίστος*, que Augusto y su hijo adoptivo Tiberio habían adoptado (*Dion. Cass.*, *Hist. rom.*, lib. XV, § 12; *Tacit. Annal.*, II, 87).

17. Lo que se comprende en este corto espacio de tiempo es nada ménos que la vida del mundo, y la humanidad no conoce acontecimiento alguno que sea comparable á este; es el centro de la historia, así para lo pasado como para lo porvenir. ¡Qué sentimiento á la vez tan dulce y tan poderoso no ha debido dejar en los corazones semejante aparición! El arte y la ciencia no tienen tarea más sublime que la reproducción del Hombre-Dios. Por esto los retratos del Salvador no faltaban entre los cristianos de los primeros tiempos. Representábanle casi siempre bajo la imagen del Buen Pastor. Por el contrario, en la época de las persecuciones, muchos no concebían á Jesucristo, sino desfigurado por los sufrimientos, ó, según lo que dice *Isaías*, *LIII*, 2, 3, sin belleza exterior, llevando en sí la forma de esclavo. Más tarde, cuando la Iglesia triunfante venció á sus enemigos, vemos aparecer la idea opuesta (según el *Ps. XLIV*, 3). El único relato de la vida de Jesús, digno de entero crédito, se halla en los Evangelios canónicos, cuya noble, sencilla é intrínseca veracidad se comprende todavía más comparándolas con las descripciones contradictorias y poco naturales de las escrituras apócrifas. Jesucristo nada escribió por sí. Sus palabras, llenas de vida y

<sup>1</sup> *Juan.*, xx, 24 y sig.

<sup>2</sup> *Marc.* XVI, 19; *Luc.*, XXIV, 51; *Acta*, I, 9.

de verdad, están consignadas en los escritos de sus Apóstoles y discípulos, que le sirvieron de manos, como dice el Obispo de Hipona <sup>1</sup>.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 17.

S. Justino habla de la poca belleza exterior de Jesucristo. *Dial. contra Tryph.*, n.º 85-88; y lo mismo Tertull., *De carne Christi*, c. ix; *Adv. Jud.*, c. xiv; *Clem.*, *Pædag.*, III, 1; *Stromat.*, II, 5; III, 17; VI, 17; *Orig. Contra Cels.* VI, 75; mientras que por el contrario S. Crisóst., in *Ps. XLIV*, n. 2; *Migne t. LXXXV*, p. 185; *San Geron. Op.*, II, 6284, ed. Maur., celebran su belleza ideal. La diferencia de los retratos de Jesucristo es atestiguada por S. Ag. De *Trin.*, VIII, IV; *For.*, Ep., XLIV (*Amph.*, q. cccv, p. 948).

Según *Nicéforo Calixto*, *Hist. ecl.*, II, XLIII, que describe también la figura de Jesucristo (lib. I, c. XL) el primer retrato del Salvador habría sido pintado por S. Lucas. Édessa conservaba en el octavo y noveno siglo, un retrato de Jesucristo, que habría sido enviado á Abgaro. (*Ps. Damasc.*, ep. ad *Theoph.*; *Le Quien*, *Op. Dam.*, I, 631 y sig.) El que menciona *Evagrius*, *Hist. ecl.*, IV, 26, no parece ser el mismo.

Sobre los retratos de Cristo, véase *W. Grimm*, *Sage vom Ursprung der Christusbilder*, Berlin, 1843; *Hélelé*, *Freib. K.-Lex.*, II, 519-524; *Ghiesbreght*, *Christusarchæologie*, 1863. Sobre los apócrifos (I.-A. *Fabricsius*, *Cod. apoc.*, N. T., Hamb., 1719 y sig. ed. 2; *Thilo*, *Cod. apoc.*, N. T., Lips. 1832, t. I; *C. Tischendorf*, *De apoc. orig. et usu*, Hall, 1850; *Cod. apoc.*, 1850; *Evangelia apoc.*, 1853; *Hofmann*, *Leben Jesu nach den Apokr.*, Leipzig, 1861. *Comp. Mehler*, *Patrol.*, p. 934.) Principales Evangelios apócrifos: El de *Nicodemus*, *Historia Josephi fabri lignarii*, en árabe; el árabe de la infancia de Jesús, el proto-evangelio de Santiago, el de Santo Tomás. Tienen todos en parte origen herético y han sido utilizados casi todos en el Corán (*Augusti Christologie coranice lineamenta*, Jena, 1799). Contienen muchas fábulas y algunas verdades (*P.-J. Peltzer*, *Hist. u. dogmengesch. Elemente in den apokryphen Kindheitsev.*, Würzb., 1864). Son igualmente apócrifas las cartas de Pilatos á Tiberio y Cláudio (*Thilo*, loc. cit., p. 796; *Tischendorf*, *Cod. apoc.*, p. 392, s. 411), que parecen ser la fuente de los *επιστολὴ Πλάτωνος*, más detallados. Es verdad que Justino (*Apol.*, I, 35, 48) y Tertul. (*Apolog.*, c. vii, 21) mencionan actas de Pilatos; pero casi nada tienen de común con estas. *Euseb.*, *Hist. ecl.*, IX, v, se queja de que los paganos hiciesen circular actas falsas de Pilatos. En vez de las que se perdieron y eran auténticas, es probable se propagasen otras falsas, que los cristianos coordinaron en seguida á su manera. Algunos *quartodecimans* invocaban también: *Epiph.*, H. l., n. 1. Véase además *H.-P.-C. Henke*, *De Pilati actis probab.*, *Helmut.*, 1784; *I.-W.-J. Braun*, *De Thiberii Christum in deorum numerum referendi consilio*, Bonn, 1834. La carta de *Lentulo* (pretendido amigo de Pilatos) al Senado romano (*Fabricsius*, loc. cit., I, 301), con una descripción de la figura de Cristo, es igualmente apócrifa. Hay más razones en favor de la correspondencia de Abgaro, príncipe de Edessa, con Jesús: *Euseb.*, *Hist. ecl.*, I, xiii, la trae en griego, según los archivos de este país (*Original*, de *Curetton* y *Brigh*, *Ancient Syriac documents*, London, 1861, n. 11). Sostienen su autenticidad *Welte*, *Tüb. Q.-Schr.*, 1842, p. 335; *Rinck*, *Illegens*

<sup>1</sup> *Aug. De consensu evang.*, III, cap. ult.